

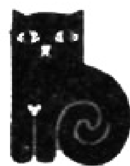
LOS FANTASMAS DE FORT MADISON

Silver Kane

HP



HEROES DE LA PRADERA



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA;
1.319 — El *sheriff* y las viejecillas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital. Dodge City.

En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una Tumba en Manhattan.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
589 — El valle de la Tormenta.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt». una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.059 — Una chica en el punto de mira.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.



Silver
Kane

LOS FANTASMAS DE FORT MADISON

Colección
HÉROES DE LA PRADERA n.° 591
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A

BARCELONA BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02-02524-2
Depósito legal: B. 4.977-1981

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: abril, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

El alcaide de la prisión dejó el cigarro sobre un borde de la mesa e hizo una seña indicando la puerta.

—Que pase —dijo.

Su secretario abrió.

El hombre que entró en el despacho hubiera llamado la atención en cualquier parte y también la llamaba allí. Era un tipo de hombros cuadrados y de facciones también cuadradas que parecían talladas en piedra. No vestía el uniforme de los presidiarios, sino que iba vestido como un vaquero. Pero no llevaba revólver ni sombrero. Por otra parte se notaba, por sus facciones algo pálidas, que había estado una buena temporada «a la sombra».

El alcaide murmuró:

—Acérquese, Scott.

Scott se acercó hasta el borde de la mesa.

Tenía una mirada un poco ausente y contemplaba la ventana del despacho como si no creyera que un poco más allá estaba la libertad.

El alcaide murmuró:

—Tu condena ha terminado, Scott. Un año que ha sido rebajado a siete meses por buena conducta. Pero la próxima vez puede que no tengas tanta suerte. Te lo juro, Scott. La próxima vez me jugaría las manos a que vas a la horca.

Scott tampoco contestó.

Seguía teniendo la mirada perdida y ausente.

—Llevaste las cosas demasiado lejos —dijo el alcaide—, matando a Curtis. Tú dijiste que había sido duelo legal y no pudimos probarte lo contrario, en lo cual tuviste suerte. Porque si llegamos a probarte lo contrario habrías acabado colgando de una cuerda. Pero Curtis era un hombre importante, y a los hombres importantes no se les

toca un pelo de la ropa, sucio pistolero. Si vuelves a matar a alguien, sabrás de verdad cómo es la justicia de este país.

Scott despegó los labios por primera vez para decir suavemente:

—Me doy por enterado, señor.

—Está bien. Quedas libre, pero recuerda muy bien todo lo que te he dicho.

—No lo olvidaré, señor.

—Aquí tienes tu orden de libertad.

Scott la recogió y fue hacia la puerta.

Ya se encontraba en ella cuando giró sobre sus tacones para preguntar:

—¿Me devolverán mi revólver?

—No debería hacerlo.

—Legalmente no puede quedarse con él, alcaide.

—Está bien. Se te devolverán todos tus objetos, incluido el tabaco de pipa que traías cuando ingresaste aquí. Usa lo que quieras menos el revólver, ¿entendido?

—Entendido, señor.

Y Scott fue al almacén de la prisión, donde le devolvieron las pequeñas cosas de que era portador al entrar allí, incluidos veinte dólares que eran toda su fortuna. Al ceñirse el revólver de nuevo tuvo la sensación de que sí, de que en este momento recuperaba de veras la libertad. Pero, ¿valía la pena llevar el «Colt»? ¿No había sido una maldición para él desde que aprendió a manejarlo?

De sus veinte dólares repartió diez entre los guardianes que le habían vigilado durante aquellos meses, para que bebieran a su salud, Luego salió.

Era un hombre pobre, casi un miserable.

¡Sólo diez dólares para vivir en una ciudad tan cara como Wichita!

Pero no le importaba, puesto que tenía la libertad. Una libertad que le parecía maravillosa por el sólo hecho de recibir en la cara la luz y el aire.

Wichita tenía un ambiente maravilloso.

Claro que había llovido la noche anterior y las calles estaban algo enfangadas, con abundantes charcos donde no convenía meter los pies. Claro que, además, la cárcel se encontraba en uno de los lugares menos elegantes, como es natural. Pero el joven no notaba

estos detalles. Para Scott, la simple sensación de poder respirar a pleno pulmón en la calle ya era maravillosa.

De pronto, una verdadera nube de fango cayó sobre él.

Scott se sobresaltó y se apartó un poco, pero ya era demasiado tarde para evitar que el traje se le pusiera hecho un asco. Vio que los dos jinetes que habían pasado sin ningún cuidado junto a él, hundiendo los cascos de los caballos en el charco, se alejaban riendo.

Scott lanzó una imprecación. Supo que habían hecho aquello a propósito sólo para herirle. Pero ya estaban lejos de allí, de modo que de nada le iba a servir enfadarse.

«La libertad no es tan bonita como soñaba —murmuró para sí mismo—. Al menos en la cárcel nadie se metía conmigo.»

Y siguió caminando.

Quería llegar al centro de la ciudad.

Al menos allí tenía su casa.

Y quería saber lo que había pasado con ella, después de casi un año de tenerla cerrada.

Dobló la esquina y entonces los dos caballos se echaron materialmente encima suyo.

Venían al galope, pero con los movimientos muy bien calculados por sus jinetes.

La verdad era que Scott no esperaba aquello, como no habla esperado lo del barro. Chocó contra el frontal de uno de los caballos y cayó pesadamente a tierra, sujetándose a la baranda del porche. Eso evitó que fuera rodando hacia el centro de la calle.

Uno de los jinetes barbotó;

—¡Idiota! ¿No ve por dónde pasa?

El otro lanzó una carcajada.

Y los dos se alejaron, mientras Scott se levantaba pesadamente, sin comprender aún lo ocurrido, y se sacudía sus ropas.

Pero entrecerró los ojos al ver quiénes eran los dos jinetes que se alejaban.

Eran los dos de la vez anterior.

Llegó a la conclusión de que no los conocía, y lógicamente tampoco ellos debían conocerle a él. Pero los ojos de Scott brillaron ahora como dos puntitos de acero mientras subía de nuevo al porche.

La gente le miraba con curiosidad.

Algunos reían por lo bajo.

El papel de Scott no era muy airado que digamos, pero tampoco podía ponerse a armar bronca, puesto que acababa de salir de presidio. De modo que se sacudió otra vez el sombrero y las ropas y siguió caminando.

Pensó que necesitaba un trago.

Un hombre que sólo tiene diez dólares no puede permitirse muchos excesos en los *saloons,* pero de todos modos nadie iba a poder impedirle que se metiera entre pecho y espalda una buena jarra de cerveza.

¡Al diablo las preocupaciones!

¡Viva la libertad y viva la cerveza!

Se metió de cabeza en un *saloon.*

Había bastante gente allí.

Pero encontró un buen sitio en la barra y pidió:

—¡Quiero una jarra de cerveza enorme, descomunal y que además esté bien fría!

Cuando se la sirvieron, la miró con deleite antes de beber.

Aquello era un placer de dioses.

No había probado la cerveza desde que entró en la prisión. Aquello era volver a la vida. ¡Definitivamente aquello sí que valía la pena!

Sujetó la jarra por el asa y fue a alzarla para beber.

Y en ese momento ocurrido algo inesperado y además totalmente inconcebible.

Algo llego volando por el aire. Era un escupitajo de tamaño más que regular, y que además cayó de lleno en la espuma de la cerveza.

Scott fue a revolverse, lleno de odio, sintiendo que todos sus nervios vibraban.

Pero en aquel momento una cosa dura se clavó en sus riñones. Era el cañón de un revólver que hizo torniquete en su espalda, mientras una voz ominosa decía:

—Anda, bebe ahora. ¡Bebe, maldito!

Scott volvió la cabeza poco a poco, mientras otra vez sus ojos parecían dos puntitos de acero.

Vio a aquel joven que estaba a su derecha, y que era el que había escupido. Tenía la boca abierta y casi babeaba de placer. Se estaba

divirtiendo, lo estaba pasando en grande. El placer hada que una especie de ondas recorrieran su delgado cuerpo. Había en sus ojos un brillo insolente, soez.

Scott entornó los párpados.

—¿No nos hemos visto antes? —murmuró:

—Sí. Me parece que sí que nos hemos visto.

—Vosotros ibais a caballo, ¿no?

—¡Bebe o mi amigo disparará! ¡Bebe, perro, bebe!

Los ojos de Scott seguían entrecerrados. Y por debajo de sus párpados brillaban aquellas puntas duras, insolentes, que parecían de acero.

—¿Puedo saber por qué es todo esto? —murmuró.

—¡Bebe!

—Se me ha pasado la sed.

El tipo que había escupido gritó:

—¡Está bien! ¡Entonces. Ralph, dispara!

Ralph era el que se encontraba a su espalda. Y sin duda iba a disparar.

Pero estaba listo si creía que Scott era un novato. A Scott le habían tomado mal las medidas, y eso solía resultar fatal. Porque se movió con rapidez, con una rapidez y una decisión tan fulminantes que los otros no llegaron a darse cuenta de lo que ocurría.

Se contorsionó como un reptil, y el cañón que tocaba su espalda dejó de estar en contacto con ella.

Parecía como sí hubiera resbalado. El llamado Ralph disparó, pero solamente rozó la camisa del joven.

Este, mientras tanto, había movido también la mano derecha, con la que sostenía la jarra. Y la estrelló materialmente contra la cara de Ralph, que se llenó al mismo tiempo de espuma y de sangre.

Todo había transcurrido en fracciones de segundo.

El del salivazo aún no había tenido tiempo de reaccionar.

Y Ralph sí que reaccionó, disparando hacia delante, de una manera mecánica, pero sin ver a su enemigo, porque la espuma le había entrado en los ojos.

Las balas atravesaron inútilmente la barra, dejando en ésta como un rosario de puntos.

El segundo acto de Scott consistió en disparar a través de la funda con un instantáneo y seco movimiento. Cuando el del salivazo

fue a reaccionar, el plomo ya le había atravesado la mandíbula.

Ralph lanzó un gritó.

Se dio cuenta del peligro que corría.

Y con la mano izquierda trató de limpiarse la cara para poder ver, pero Scott le propinó otro terrible golpe con las aristas de la jarra rota, esta vez al cuello. Ralph saltó hacia atrás, aullando, mientras con las dos manos trataba de contener la terrible hemorragia.

Pero era inútil.

Scott sabía que su enemigo estaba listo. Con las aristas de cristal le había seccionado la yugular.

Todos los que estaban en la barra contemplaban aterrados la escena.

Nadie ayudó al moribundo. Por lo visto era un tipo conocido y odiado en la ciudad, porque no se alzó ni un dedo para tratar de salvarle o, al menos, para hacer más tolerables sus últimos minutos.

A Scott era verdad que se le había pasado la sed.

Y eso que tenía la boca tan seca como un pedazo de desierto. Pero en este momento no hubiera podido tragar ni una gota.

Alguien dijo a su lado:

—Usted es Scott.

Scott no volvió la cabeza.

—Sí —dijo, sin despegar apenas los labios.

—Acaba de salir de presidio.

Scott seguía sin mirarle.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo fui uno de los jurados que le condenó.

—¡Vaya, hombre! ¡Pues si que estoy encantado de conocerle! ¿Y qué quiere ahora? ¿Darme la bienvenida?

—No lo tome a mal. Había muchas presiones para que le condenaran a usted, Scott. Curtis, el hombre a quien mató, era un personaje importante en Wichita.

—Lo sabía, pero Curtis merecía la muerte. Y ése fue el único pensamiento que tuve en la cabeza cuando me enfrenté a él.

—¿Sabe que estos dos individuos estaban pagados por los herederos de Curtis?

—No, no lo sabía —musitó Scott—; pero no me extraña absolutamente nada.

—Tenían que matarle a usted al salir de presidio, Scott. Y han fallado, pero no sé si hubiera sido mejor lo otro.

—¿Qué quiere decir?

—Que ahora le detendrán otra vez. Todo el mundo ha visto que lo que usted ha hecho ha sido actuar en defensa propia, pero lo de ese hombre al que ha cortado la yugular se presta a muchas interpretaciones. Y me temo que los herederos de Curtis hagan presiones otra vez. No se detendrán hasta que le vean colgando de una cuerda.

Scott apretó los labios.

Era un hombre desengañado y, por lo tanto, un hombre realista. Se daba perfecta cuenta de que aquello era verdad.

—Me marcharé de Wichita —dijo—. Puede que no me convenga estar ni un día aquí.

—¿Un día? Ni una hora, amigo. Ya ve que reconozco que ayude a condenarle injustamente, y me dolería tener que hacerlo otra vez.

Scott dejó un dólar encima de la barra.

Era más o menos lo que podía costar la cerveza, con propina incluida.

Y se dispuso a dar el último vistazo a la casa en que había tenido su despacho hasta que le metieron en la cárcel. La última despedida antes de largarse para siempre de Wichita.

Salió y se dirigió al centro de Main Street, donde había estado su despacho. Pensó que lo encontraría todo cerrado y lleno de polvo, pero se sorprendió al encontrar el porche limpio, las cortinillas recién puestas y la placa abrillantada como si se hubiera marchado de allí el día antes.

No lo entendía.

Miró la placa con aquellas palabras que conocía tan bien:

J. SCOTT
Detective
Ex corresponsal de la Agencia Pinkerton

La entrada estaba libre, porque la puerta oscilaba ligeramente a impulsos de la brisa. De modo que la empujó y pasó al interior.

Mejor dicho, quiso pasar, pero en realidad se encontró como petrificado en la entrada.

Hay que reconocer que a cualquiera le hubiese pasado lo mismo.
Al ver aquella cara...
Al ver aquellas piernas...
Al ver aquella boca...

CAPÍTULO II

Ella cruzó aún mejor sus portentosas extremidades, haciendo más audaz su exhibición, y preguntó mirando al joven:

—Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué se queda ahí pasmado? ¿No entra?

El vaciló todavía.

—La verdad, estoy sorprendido —musitó.

—¿No es usted J. Scott, el detective?

—Sí. Soy yo mismo.

—¿No ha salido hoy de presidio?

—Lo cual es una estupenda recomendación —dijo el joven—. ¿Quién es usted?

—Pronto lo sabrá. Entre y siéntese.

Él lo hizo. Miró con asombro la portentosa belleza que tenía enfrente y se sentó en el borde de una silla sin saber muy bien qué papel jugaba en todo aquello.

—Me llamo Yolanda Foster —susurró ella.

—Supongo que no habrá venido a solicitar mis servicios...

—Pues, sí. He venido a eso.

—Dice que sabe que acabo de salir de la cárcel. ¿Y aún se presenta aquí?

—Precisamente lo de la cárcel es una recomendación. Usted es el hombre que mató a Curtis. He comprendido con eso que no tiene miedo a nada ni a nadie.

—¿Qué quiere encargarme? ¿Qué haga de matarife otra vez?

—No es precisamente eso, aunque puede que se vea precisado a matar. Pero fundamentalmente necesito a un hombre que no tenga miedo.

Scott dio vuelta a la mesa y abrió el cajón central, donde guardaba un pequeño revólver, unas cuantas balas y su tabaco. Nada

había sido tocado de allí. Parecía como si el tiempo hubiera retrocedido, como si otra ve?, se encontrase en el día en que, desde allí mismo, vio entrar al *sheriff* con una orden de detención.

Mientras liaba un cigarrillo preguntó:

—¿Puedo saber quién le ha abierto?

—La mujer que limpiaba esto cuando usted vivía aquí, ha vuelto esta mañana. Sabía que usted salía de la cárcel como, por lo visto, lo sabía media ciudad. La buena señora ha querido dejar esto presentable para que usted no tuviera mala impresión, y entonces he llegado yo. Cuando ella ha terminado su trabajo le he dicho que me quedaba y que, por favor, no cerrara la puerta.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

—Yolanda Foster.

—Foster… Foster… Me suena ese nombre.

—Mi padre fue el coronel Foster, el que mandaba Fort Madison.

—Sí… Ahora lo recuerdo. El hombre que murió con todos sus soldados… Pero oiga una cosa, Yolanda. Aunque no sé a qué ha venido aquí, lo mejor que puede hacer es irse. Fie tenido que matar a otros dos hombres cuando no llevaba ni media hora en libertad, de modo que ahora tendría demasiado trabajo para librarme de la horca. Lo más fácil es que me detengan, me lleven ante un jurado de hijos de perra y me obliguen a ponerme la «corbata». De modo que voy a largarme de la ciudad antes de que el *sheriff* tenga tiempo de rascarse la tripa y venir a por mí. Sea lo que sea lo que quiere encargarme, siento de veras no poder aceptarlo, guapa.

Ella le miró con ojos acerados.

Sí que era guapa de verdad, la maldita.

Y opulenta.

Y desafiante.

Con voz seca declaró:

—Ante todo, hay dos cosas que quiero decirle, Scott.

—¿Cuáles son?

—La primera, que sé que es usted un muerto de hambre.

—No es ningún deshonor ser pobre. En este momento llevo exactamente nueve dólares en el bolsillo.

—En segundo lugar, el trabajo que quiero encargarle le ayudará a salir de la ciudad, puesto que tendrá que realizarlo fuera de ella.

Scott prestó una repentina atención.

Bueno, aquello era distinto.

Cualquier cosa que le ayudara a largarse de allí, podía ser una buena cosa.

—Puede continuar —dijo—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Yolanda Foster apenas despegó los labios al decir:

—Buscar a veinte muertos…

CAPÍTULO III

La llanura estaba cortada por algunos grandes farallones que parecían los de Arizona. La sensación de soledad era tan angustiosa, tan total que se metía en la cabeza como una pesadilla. El aire era tan limpio que cualquier reflejo del sol relampagueaba allí como un .cuchillo.

Scott detuvo su caballo.

Llevaba cinco días cabalgando desde Wichita, siempre en dirección oeste. Cinco días bajo el sol y las estrellas, sintiendo la muerte a sus espaldas, pues sin duda le perseguían, y teniendo la muerte ante sus ojos, pues la misión que llevaba era la de encontrar a veinte cadáveres.

Se acercó a un pequeño conjunto de árboles donde sin duda estaba la única fuente en muchas millas a la redonda, y dejó que el caballo bebiera en el curso de agua. El se quitó el sombrero y fue adonde brotaba el cristalino chorro.

La posesión de aquella fuente había costado mucha sangre dos años antes, cuando aquella era una zona infestada por las *razzias* indias. Sabiendo que los hombres de Fort Madison se abastecían de aquel agua, los pieles rojas habían asaltado docenas de veces el reducto formado en torno suyo, hasta que cortaron el agua a los defensores. El no poder disponer de la fuente, había significado para los soldados el principio del fin.

Ahora aquella zona estaba pacificada y el paisaje era bucólico y tranquilo. Pero sólo los que conocían la historia del Oeste sabían la cantidad de esqueletos que allí se fueron mondando al sol. Sólo los que vivieron en aquella comarca conocían hasta qué punto cada palmo de tierra había costado litros de sangre.

Scott era de los que conocían aquello.

Había recorrido el país de punta a punta cuando trabajaba para

la agencia Pinkerton y se había visto metido en mil líos antes de establecerse en Wichita. Nada de lo ocurrido allí le era desconocido, especialmente la odisea de Fort Madison.

Bebió ávidamente, sin fijarse en nada más. Luego tuvo un buen rato la cabeza bajo el chorro del agua. Cuando empezaba a sentirse mejor, alguien le dijo:

—Refrescante, ¿eh? Aproveche porque no va a encontrar otra fuente en muchas millas a la redonda.

El joven alzó la cabeza, sorprendido.

No se había dado cuenta de que alguien más estaba allí. Y, en efecto, vio al hombre que surgía como un fantasma, caminando silenciosamente sobre la hierba.

Era un viejo que llevaba unos pantalones de vaquero y una destrozada guerrera militar. Sin duda la guerrera era recuerdo de mejores tiempos, porque sobre ella brillaban las insignias de sargento y dos medallas al valor. Pero al pobre tipo que las lucía no le quedaba más que eso: recuerdos.

Scott vio que era inofensivo.

Y sonrió.

—No le he oído venir —dijo—. Casi me ha sobresaltado.

—Desde que luchaba contra los indios me he acostumbrado a andar como ellos —dijo el viejo—. No hago ruido.

—¿Quién es usted?

—El sargento Flanagan, del Séptimo de línea.

—No creo que esté aquí de servicio, ¿eh? Este es un sitio donde no hay más que coyotes.

—Desgraciadamente ya nunca estoy de servicio. Ya no hago falta para nada.

Latía tanta amargura en la voz de Flanagan, que Scott ofreció:

—Tengo un poco de licor en la cantimplora. ¿Le apetece un trago?

—Eso siempre apetece, amigo. Hace meses que no pruebo el whisky.

Scott fue hacia su caballo, descolgó la cantimplora y la tendió al viejo, que bebió con avidez. Luego se pasó el dorso de la mano por la boca y emitió un gruñido satisfecho.

—¡Uf! ¡Esto es vida, amigo! De la misma manera que hay fuentes de agua, no sé por qué no puede haber fuentes de whisky. Y ahora

que nos conocemos, ¿a qué ha venido usted? No, no me lo diga.

Y señaló el farallón más cercano, que estaba casi encima de aquel pequeño oasis.

—Allí se encontraba Fort Madison —dijo—. Yo serví en él y pasé lo peor de los ataques indios. Desde que fue reconquistado por las tropas del Gobierno, varias comisiones militares han llegado para desentrañar el misterio que lo rodea. Después de las comisiones militares, cuando éstas ya lo dieron todo por inútil, empezaron a llegar los familiares de los soldados y luego algunos curiosos. Yo sé que usted viene por lo mismo. Tratará de desentrañar ese misterio sin saber que es inútil.

El joven prefirió no contestar directamente.

Sentado junto al agua, en una grata sombra, murmuró:

—Si usted estaba en Fort Madison cuando los ataques indios, ¿cómo logró sobrevivir?

—Es que en el último ataque, cuando las cosas se hundieron del todo, yo no estaba —dijo el sargento Flanagan—. Me habían enviado precisamente a buscar refuerzos desesperadamente y a traer, si era posible, un poco de agua. Fuimos cinco hombres los que salimos rompiendo el cerco indio, y sólo regresamos dos, porque no hubo modo de encontrar refuerzos. Eso sí, traíamos un poco de agua. ¿Pero de qué servía ya? Fort Madison había sido ocupado y ardía por los cuatro costados. Los indios nos persiguieron y pudimos huir, pero aún no entiendo cómo logramos salir con vida.

Se señaló las medallas.

—Entonces me dieron una segunda condecoración al valor, para añadir a la que ya tenía, pero acto seguido me licenciaron porque estaba herido en una pierna y ya no ser vía para gran cosa. En el sentido material no me quejo, no; tengo un pequeño sueldo que me permite vivir en la ciudad de Torwell, la más cercana a este lugar. Pero para mí es como si hubiera acabado con todo, porque mi vida estaba en Fort Madison. Por eso vengo a veces aquí y me paso un par de días mirando las viejas empalizadas, aunque la gente diga que estoy loco. ¿Y usted qué? ¿Ha venido por encargo de algún familiar?

Scott prefirió no mentir.

—Sí —dijo—. Me ha encargado de este trabajo la hija del coronel Foster, que era quien mandaba el fuerte.

—Hum... El coronel Foster... Buen militar. Pero era un tipo silencioso que nunca hablaba de sus familiares. No sabía que tuviera una hija.

—La tenía. Y es ella la que me ha encargado de este trabajo.

—¿Por qué cree que usted va a hacerlo bien?

—¿Y por qué no?

El viejo sargento se atizó otro trago de whisky.

—Varias comisiones militares han fracasado.

—Pero a veces una docena de personas no ven lo que ve una sola. Y yo soy detective.

—¡Qué trabajo tan extraño?

—Fui empleado de la Pinkerton durante años —explicó Scott—, y la Pinkerton *np* es extraña. Es la agencia de detectives de Chicago que se Encarga de investigar todos los robos ganaderos del país y los crímenes relacionados con ellos Me ganaba bien la vida, pero al fin me cansé de los métodos de la Pinkerton y me independicé. Hasta ahora no puede decirse que haya tenido demasiada suerte.

—¿Y qué quieren que encuentre usted en Fort Madison?

—Los cadáveres de los veinte hombres que lo defendían cuando cayó. Fueron hallados numerosos cadáveres en las empalizadas, pero faltaban los de veinte hombres, entre ellos el del coronel. Sin duda habían muerto, pero no se hallaron sus cuerpos ni volvió a saberse nada sobre su destino.

—Hay quien dice que cayeron prisioneros —murmuró Flanagan —, pero yo nunca lo creí. En primer lugar esos veinte hombres, y sobre todo el coronel, eran de los que no se rinden jamás. En segundo lugar los indios, en aquella época, no hacían prisioneros: les arrancaban la cabellera a todos. Y aún hay más: cuando terminó la guerra e interrogamos a los jefes indios, ninguno de ellos habló de haber hecho prisioneros en Fort Madison. Estaban absolutamente seguros de que todos los defensores habían muerto.

—Pues entonces, ¿por qué no aparecieron sus cuerpos?

Flanagan exhaló una bocanada de humo del cigarro que tenía en sus labios.

—La explicación sólo puede ser ésta —dijo—. Se refugiaron en algún lugar del fuerte cuando ya todo estaba perdido y era inevitable la masacre, y luego ya no pudieron salir, muriendo todos de sed y de hambre.

Scott arqueó una ceja.

—¿En algún lugar del fuerte? —musitó—. ¿Es que no hay planos detallados de Fort Madison? ¿Es que existen allí lugares ocultos que usted, por ejemplo, no haya podido encontrar?

—No, no es eso —dijo el sargento—. Yo, por ejemplo, conocía el fuerte muy bien. Lo que ocurre es que está edificado sobre un farallón rocoso y quizá existía algún pasadizo que iba hacia el interior de la montaña y que sólo el coronel Foster conocía. Intentó emplearlo para salvarse y eso fue peor para todos, porque luego ya no pudieron salir.

—¿Pero nadie ha encontrado ese pasadizo, si es que existe?

El viejo Flanagan arrojó los restos de su cigarro al agua y miró pensativamente cómo se los llevaba la comente.

—He pensado mil veces en ello —dijo—, pero sin llegar a ningún resultado. Yo creía que no existía tal pasadizo, pero entonces la muerte de esos hombres resultaría totalmente inexplicable. Por eso pienso que sí, que debe existir. Lo que pasa es que nadie ha sabido dar con él. Si a veces vuelvo a Fort Madison es también por eso: porque me queda la esperanza de rescatar los cadáveres de mis viejos compañeros.

Scott parpadeó.

Se dio cuenta de que aquel hombre podía ser un formidable auxiliar en su trabajo y de que había tenido mucha suerte en dar con él.

—¿Dónde dice que vive? —susurró.

—En la ciudad de Torwell. Está a pocas millas de aquí. En la época de las *razzias* indias los hombres de Fort Madison tenían que bajar a veces a la ciudad para protegerla, lo que generalmente servía para que cayesen en una emboscada. Los indios solían emplear la ciudad de Torwell como cebo.

—No conozco a nadie allí —dijo Scott—. ¿Por qué no me da alojamiento por una noche? Naturalmente, se lo pagaré.

—Claro que sí. Además, me gustará tener compañía. Pero se lo anticipo, amigo. No conseguirá nada en Fort Madison.

Scott contempló las viejas empalizadas encima del farallón. Los buitres planeaban sobre ellas. ¿Conocerían los buitres el secreto? ¿Serían aquellos pájaros más listos que los hombres?

Flanagan murmuró:

—No los mire tanto, amigo. Ya no hay cadáveres en Fort Madison, y a este paso los buitres se morirán de hambre.

—Pues, ¿por qué planean tanto por ahí? —murmuró Scott—. ¿Qué demonios buscan?

—Yo también me lo he preguntado muchas veces —murmuró el viejo sargento—. Y la verdad es que nunca he dado con la respuesta.

CAPÍTULO IV

Flanagan extendió sobre la mesa un plano, después de cenar los dos, y le señaló varios puntos del mismo.

—Esto es Fort Madison —dijo—. Yo lo conocía perfectamente y, por tanto, no podía haber sorpresas para mí. Aquí están las empalizadas, aquí el cuerpo de guardia, la oficina de mando, los dormitorios, el hospital, la capilla… En este punto, bajo tierra, estaba la santabárbara. Era el único punto subterráneo del fuerte. Como ve, amigo, no queda demasiado sitio para los túneles secretos.

Scott examinó con atención el plano.

En efecto, las cosas estaban claras, sobre todo si se tenía en cuenta que Fort Madison no era más que la repetición de otros cien fuertes de la misma clase extendidos por el Oeste. Visto uno, vistos todos. Y Scott sabía por experiencia que esa clase de edificaciones no suelen dar sorpresas.

—Creo que no conseguiremos nada —susurró.

—Eso mismo le dije.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Olvidar esos veinte cadáveres?

—Yo en su lugar los olvidaría, aunque resulte difícil. Pero, si quiere hacer una última tentativa, haga algo que hasta ahora nadie ha realizado bien. Quiero decir que hable con los indios supervivientes de las últimas peleas. Ellos no habrán querido decir nada al Ejército, pero puede que se lo digan a usted, aunque dudo que sepan algo. De todos modos es el único camino que se puede seguir.

El joven se propuso hacerlo.

Con el plano que pensaba pedirle prestado a Flanagan, inspeccionaría al día siguiente el viejo fortín y luego trataría de localizar a los indios. Era un trabajo difícil, pero por el momento no

tenía nada más que hacer, y Yolanda Foster le había dado un espléndido anticipo.

—Le agradezco sus consejos, Flanagan —dijo—, y confío en que me prestará este plano por un par de días.

—Sí, claro. ¿Cómo no? Puede contar con él.

—Y ahora le invito a beber una copa y a brindar a la salud del Séptimo de línea. Creo haber visto un *saloon* no lejos de aquí.

—Exacto. Y es también el único que hay en la comarca. Vamos. Acepto su invitación con mucho gusto. ¡Pues no faltaría más...!

Los dos hombres salieron de la casa, que era poco más que un barracón, y dieron unos pasos por la calle solitaria. Entonces vieron avanzar hacia ellos aquellas tres figuras espectrales.

Una de las figuras era la de un caballo que arrastraba ya los cascos, de tan cansado que estaba; la otra era la de un hombre doblado sobre la silla, que balanceaba la cabeza trágicamente; y la tercera era la de una mujer vestida con ropas vaqueras, con el cabello suelto, y que de vez en cuando necesitaba apoyarse en el cadáver porque tampoco se tenía en pie.

Los dos hombres acudieron a auxiliarla.

Las fuerzas de la desconocida fallaron de pronto y cayó casi redonda en los brazos de Scott, mientras éste lanzaba una exclamación de sorpresa. En cuanto a Flanagan, sostuvo por las riendas al caballo y comprobó que llevaba encima el cadáver de un hombre joven, teñido en sangre coagulada, y que presentaba dos balazos en el pecho.

—Hay que auxiliar a esta chica —dijo Scott—, Volvamos a la casa.

—Las mujeres no traen más que complicaciones —masculló el viejo—. ¡Ahora resulta que me quedo sin whisky!

—Todo lo contrario. Vaya al *saloon* y compre una botella entera. Aquí tiene dinero. Lo que no necesite esta chica para reanimarse, nos lo beberemos los dos.

Flanagan salió pitando y volvió muy poco después. Mientras tanto, Scott ya había tendido a la muchacha sobre la mesa, comprobando dos cosas: que estaba sensacional y que no sufría más que los efectos de un demoledor cansancio y un fuerte *shock* nervioso, que como última reacción la había dejado postrada.

Mientras Flanagan dejaba el cadáver en un punto oscuro del

porche y cuidaba del caballo, Scott dio de beber a la desconocida unos tragos de licor. La chica tosió y acabó abriendo los ojos, mirando trastornada en torno suyo..

—¿Dónde estoy? —farfulló—. ¿Quién es usted?

—No tema. Soy un amigo. Y está usted en la ciudad de Torwell, que es la única que hay en la ruta.

—¿Qué... qué ha pasado con John?

—¿Lo llevaba usted doblado sobre la silla de su caballo?

—Sí. Quería que..., que recibiese ayuda.

—Pues lo siento, amiga, pero prefiero no engañarla. John ha muerto por el camino. En este momento acabamos de dejar su cadáver en el porche, para dar parte al alguacil.

Ella se estremeció.

Una especie de nube gris pasó por sus ojos, a los que el cansancio había privado de toda su luz.

—De modo que John también ha sido asesinado... —farfulló—. Ha sido asesinado lo mismo que los otros...

—¿Quiénes son los otros?

—Veníamos con una punta de ganado... Era toda la fortuna de nuestra pequeña ciudad... Pensábamos vender las reses a los mayoristas de Wichita. Dicen que allí las pagan a buen precio... Pero en el camino nos encontramos con los pistoleros de Cleveland... Ma...mataron a nuestros ocho hombres... Sólo pudimos salvarnos John y yo, pero veo que John tampoco se ha salvado...

Scott le dio a beber un poco más de licor y luego la ayudó a incorporarse en la mesa.

—¿Qué papel jugabas tú en una conducción de manadas? —preguntó.

—Era la que tenía que contratar el precio con los mayoristas de Wichita... Entiendo de reses y de negocios ganaderos... La gente de la ciudad confiaba en mí porque no tenían otra cosa que esas reses para salir de la miseria. Ahora..., ahora se darán cuenta de que todo está perdido.

—AI menos tú has salvado la vida...

—Hubiese sido mejor morir.

Scott la hizo levantarse de la mesa y la ayudó a sentarse en la única butaca decente que había en la casa.

La chica temblaba, aunque hada esfuerzos por mantener la

serenidad.

Y Scott se dio cuenta una vez más de lo bonita que era, a pesar de verla física y moralmente destrozada.

En este momento volvía Flanagan con el alguacil. El ex sargento se lanzó inmediatamente sobre la botella de whisky.

El alguacil había visto ya el muerto y se hizo repetir la historia del ataque Sus ojos se ensombrecieron al oír mencionar el nombre de Cleveland.

—Ha dado ya demasiados golpes en todo el país —dijo—. Su banda es tan conocida aquí como en Arizona o en California. Se mueve por todo el país, y lo mismo asalta un Banco que atraca una diligencia o roba una manada importante, como ahora ha hecho.

—¿Quién es Cleveland exactamente —preguntó el detective—. Yo trabajé para la Pinkerton, pero entonces no se: hablaba aún de ese bandido.

—Ha adquirido fama últimamente —mascculló el alguacil—, Lo peor es que no hay ningún dato cierto sobre él, por lo mucho que se mueve. Me temo que jamás podremos echarle el guante.

—Quizá las reses que ha robado ahora sirvan de pista —murmuró Scott, aunque el asunto no le incumbía directamente—. Una buena manada no es fácil que pase desapercibida.

El alguacil le miró con curiosidad.

—Ustedes, los de la Pinkerton, se especializaron en delitos ganaderos —dijo—, y por eso creen que todo se soluciona siguiendo el rastro a unas cuantas vacas. No niego que eso les haya dado muchos éxitos, pero no es un procedimiento eficaz. Al menos con Cleveland. Cleveland tiene muchos intermediarios, y en estos momentos las reses ya estarán en poder de cinco personas distintas por lo menos. Trotarán por cinco caminos diferentes y acabarán siendo vendidas en cinco mercados muy distantes entre sí. En esas condiciones no hay quien encuentre un rastro, si no es por pura casualidad.

—Lo comprendo.

—Espero que esta señorita firme una denuncia en regla, aunque no creo que sirva de gran cosa —y el alguacil extendió un papel sobre la mesa antes de añadir—: Deme los detalles otra vez, si no le cansa. En primer lugar, ¿cuál es su nombre?

—Ethel Martin. Tengo veinte años, soy soltera y procedo de la

ciudad de Penrose…

Ethel Martin… He aquí un nombre que Scott, quien escuchaba atentamente, tardaría en olvidar.

Pero por el momento aquello no le interesaba.

El sólo pensaba en el misterio de Fort Madison…

CAPÍTULO V

Cuando hizo entrar a su caballo en el antiguo patio central del fortín, le sorprendió aquella corriente de aire helado que llegó hasta él de repente, viniendo de no se sabía dónde. Detuvo su caballo y oteó el ambiente. Tuvo entonces la sensación de que aquel frío era más bien una cosa moral, como uno lo siente, sin saber por qué, cuando entra en un cementerio.

Scott saltó de la silla, comprobó mecánicamente que llevaba el revólver en su sitio y avanzó hacia lo que había sido oficina de mando de Fort Madison.

Todo estaba hecho trizas, a pesar de que sólo habían transcurrido dos años desde su ocupación por los indios, y aún menos desde su recuperación por el Ejército. Pero las estacas de las empalizadas ya apenas se sostenían, y las partes construidas en piedra se estaban desmoronando poco a poco. Además, los buitres estaban anidando allí, quizá porque desde lo alto del farallón distinguían magníficamente sus terrenos de caza.

Hubo un revoloteo siniestro cuando el joven se acercó.

Unos cuantos de aquellos pajarracos levantaron majestuosamente el vuelo, pero fue para posarse a poca distancia y seguir observando al intruso.

Este visitó uno a uno todos los pabellones, deteniéndose en los más antiguos y en las zonas construidas con piedra. Era evidente que los barracones de madera no podían ocultar ningún pasadizo secreto, de modo que casi los pasó por alto. En cambio, se detuvo en muchos lugares del suelo y, especialmente, en lo que había sido polvorín.

Con la ayuda del plano, puede decirse que no dejó nada por revisar. Pero no encontró el menor indicio de un lugar donde pudieran haberse ocultado veinte hombres.

Las comisiones militares debían haber examinado también aquello con toda atención, sin encontrar nada. Por eso Scott se desanimó al pensar que estaba perdiendo el tiempo.

De pronto oyó el relinchó del caballo.

El joven estaba en una de las puertas que daban al gran patio central.

Su instinto le hizo ladearse, pegándose a la jamba de la puerta, en el instante en que sonaba el disparo. La bala pasó rozando materialmente la nariz de Scott, quien pensó que si llega a usar gafas se las hubiera arrancado de cuajo.

Extrajo instantáneamente el revólver y se parapetó tras la puerta, mientras sentía que una especie de viento helado recorría de nuevo el patio central.

Y entonces fue cuando oyó por primera vez aquel extraño grito. Aquella especie de «Aaaaayyyyuuuuiii… Aaaaayyyyuuuuiiii…» que parecía surgir de las entrañas de la tierra.

Scott se estremeció.

Tuvo la sensación de que se encontraba no ya en un cementerio, sino en un lugar maldito donde cualquier cosa podía ocurrir.

Con el revólver engarfiado entre los dedos, aguardó el nuevo disparo.

Se dio cuenta de que los buitres, al oír el extraño alarido, habían emprendido el vuelo para alejarse de allí. Se dio cuenta también de que acababan de dispararle con un rifle, lo cual daba a su enemigo, en todos aquellos espacios abiertos, una gran ventaja.

Decidió no precipitarse. A veces, dejar la iniciativa al enemigo puede ser una gran táctica, porque así el enemigo se equivoca. Y eso fue más o menos lo que ocurrió cuando el tirador del rifle cambió de posición.

Scott pudo verle unos breves instantes.

No disparó.

Se limitó a tomar nota del lugar en que estaba mientras él daba un rodeo, pasando por detrás de las empalizadas.

Su enemigo le vio en el último momento.

Y envió dos balas que convirtieron en polvo las maderas, mientras Scott se encogía instintivamente.

Se arrojó al suelo y disparó por entre el hueco que dejaban dos troncos.

Su misterioso enemigo cambiaba de posición en este momento, con el rifle en la derecha.

Mientras saltaba por el aire tuvo una especie de calambre, al sentir la rozadura de la bala.

Scott giró sobre sí mismo y cambió de posición.

El otro no le había visto cambiar. Creyó que estaba en el mismo sitio y empezó a balear aquel punto, sin darse cuenta de que dejaba el flanco descubierto desde el lugar en que Scott se encontraba ahora.

Scott tenía mucha experiencia en aquella clase de peleas.

Apuntó bien y envió una bala.

Su enemigo se estremeció, alcanzando de lleno, mientras caía desde lo alto de uno de los torreones de piedra.

Scott se acercó a él con el revólver preparado.

Pero el tipo no ofrecía ya ningún peligro. Había sido alcanzado tan de lleno que no podía ni respirar.

Era un hombre joven, con aspecto de vaquero. Claro que entre los vaqueros y los pistoleros no hay mucha diferencia, si uno se fija sólo en el aspecto exterior.

Contempló a Scott con ojos llameantes.

Este se inclinó sobre él y le alzó un poco la cabeza, mientras seguía sosteniendo el revólver con la mano izquierda para evitar cualquier sorpresa.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No me sacarás… ni una palabra.

—¿Quién te ha enviado aquí?

El otro no contestó.

Miraba a Scott con una expresión entre asesina y burlona.

—Voy a enviarte al infierno si no hablas, amigo.

—Ya estoy… en el infierno.

Scott le apoyó el cañón del revólver en la sien.

—Tu herida aún puede curarse, y yo sé cómo hacerlo. En cambio, si no hablas, apretaré el gatillo.

—Sé que moriré dentro de unos minutos… La bala me ha dado bien. De modo, que puedes ahorrarme trabajo… y liquidarme ahora.

Scott no se atrevió a disparar porque aquello hubiera sido un asesinato y porque aún confiaba en sacar alguna palabra de aquel desconocido. Pero sus esperanzas pronto se fueron al diablo. El

hombre que había tratado de matarle tuvo un espasmo, lanzó una leve bocanada de sangre y dejó caer la cabeza a un lado.

Acababa de morir.

Scott lanzó un suspiro de resignación, y en ese momento se dio cuenta de que el que podía morir era él. Oyó un leve roce de pasos a su espalda y se volvió instantáneamente.

El cuchillo ya venía hacia su garganta.

Lo habían lanzado con mano maestra.

El joven no tuvo tiempo ni de ladearse. Sólo pudo hacer el gesto instintivo que hubiera hecho cualquiera: levantar las dos manos intentando cubrirse.

La hoja de acero, que venía destinada a su cuello, chocó en ellas. Y si no las atravesó fue porque sirvió de freno la culata del revólver que él sostenía en la izquierda.

De todos modos sufrió una profunda herida en aquella mano, y el dolor fue lo bastante intenso para que soltara el «Colt» de una forma maquinal. Su enemigo vino entonces hacia él.

Era un indio vestido a la manera de los hombres blancos, aunque sus ropas resultaban harapientas. Llevaba otro cuchi lio como el que acababa de lanzar, y con él en la mano voló materialmente al encuentro de Scott.

Su agilidad resultaba pasmosa.

Parecía un pájaro.

Scott tuvo el tiempo justo para arquear la espalda y hacer que su enemigo chocase con ella, haciendo que perdiese el equilibrio que conservaba en el aire. En realidad, la espalda de Scott sirvió como una especie de trampolín. Su enemigo chocó con ella, salió despedido con doble fuerza y terminó estrellándose en una de las empalizadas.

Pero reaccionó al instante. Era un fulano que parecía de goma. Además tenía un cuchillo, y Scott iba desarmado porque no le quedaría tiempo de inclinarse para recuperar su «Colt».

Lo vio venir en zigzag.

El indio parecía una flecha que avanzara haciendo quiebros.

Cuando estuvo junto a Scott, frenó de pronto y le envió una puñalada por el lado opuesto al que parecía lógico. La torsión de su brazo resultó admirable, pero no sorprendió a Scott. Este logró sujetarle por la muñeca *in extremis* y tiró de ella mientras volvía a

arquear la espalda.

Su enemigo tuvo que saltar para que no le rompiera el brazo. Y lanzó un gruñido mientras se contorsionaba en el aire, haciendo una especie de sacacorchos, para que tuviera que soltarle Scott.

Las manos de éste casi vacilaron, pues además estaba herido. Pero no soltó a su enemigo, que se estrelló contra el suelo casi junto a los pies de Scott.

Este le propinó un terrible puntapié al cuello y luego se lo presionó con el pie, mientras seguía sujetándole por una mano. La presa era dolorosísima y hubiera acabado con la resistencia de cualquiera, pero el indio aún trató de defenderse.

El joven torció el brazo para rompérselo.

No podía entretenerse en cortesías. Necesitaba que aquel hombre se rindiese para hacerle hablar.

El indio lanzó una especie de rugido, mientras reunía todas sus fuerzas.

Tiró desesperadamente, tratando de hacer perder el equilibrio a Scott.

Pero fue inútil. Aquel último esfuerzo hizo que se hundieran del todo sus energías y acabara perdiendo el conocimiento.

Scott le soltó.

Se sujetó la mano izquierda con un pañuelo, conteniendo la hemorragia, y luego recuperó su revólver, apuntando con él, al caído.

Esperaba que recobrara el conocimiento para hacerle hablar.

Este no le fallaría.

Pero mientras el joven se dirigía hacia él, oyó aquella especie de chasquido en el aire. No se apartó porque supo instintivamente que aquello no iba destinado a él.

Vio un leve reflejo, tan rápido como un parpadeo.

Y de pronto la flecha se hundió hasta el fondo en el corazón del indio, que yacía cara al cielo. Ni siquiera se estremeció porque no se dio cuenta de que moría.

El joven lanzó una salvaje imprecación.

Calculó el sitio de donde había partido la flecha y disparó repetidamente hacia allí, mientras sus dientes rechinaban de rabia. Pero ya no vio a nadie. El hombre que había sellado unos labios para siempre, había sabido también ocultarse a tiempo.

Scott miró los cadáveres.

Todo aquello le parecía una pesadilla, pero era la más descarnada realidad.

Y entonces se convenció para siempre de que allí había *algo*. De que en Fort Madison se escondía uno de los enigmas más apasionantes del Oeste.

Pero no podía hacer nada más por el momento, excepto exponerse a morir. De modo que montó en su caballo y salió al trote largo de la vieja fortaleza.

CAPITULO VI

El viejo Flanagan venía del entierro cuando él volvió. Se había quitado la guerrera militar para vestir una levita negra, pero seguía luciendo sus medallas.

La chica también venía con él.

Debía haberse comprado un vestido negro en la ciudad. El que llevaba puesto.

Pocas veces Scott había visto una chica tan maravillosa, sobre todo ahora que se había vestido verdaderamente de mujer, Ethel, a pesar de estar algo pálida, tenía una belleza casi irreal, una belleza que no llegaba solamente por los ojos, sino a través de sensaciones misteriosas que uno no sabía definir. Pero aquello impresionó sólo unos momentos a Scott, porque Scott tenía los ojos llenos de algo distinto: de la presencia de la muerte.

Flanagan murmuró:

—Venimos del entierro de aquel pobre muchacho.

—Siento no haber podido asistir —dijo Scott—, Lo siento de verdad, Ethel. Tuve un trabajo que de ningún modo podía dejar.

Y miró significativamente a Flanagan.

Este murmuró:

—¿Fort Madison?

—Mejor será que entremos antes de hablar —dijo el joven.

Entraron en la casa, que ahora parecía más triste y pequeña que nunca, a pesar de que pugnaban por alegrarla unos oblicuos rayos de sol. La muchacha se sentó en un borde de la mesa y pareció totalmente hundida en sus pensamientos. Flanagan murmuró:

—¿Es cierto que ha ido a Fort Madison?

—Sí.

—¿Y qué?
—Dos muertos.
Flanagan tuvo una sacudida y le miró igual que si estuviera viendo a un loco.
—Oiga, amigo, ¿bromea?
—¿Y por qué iba a hacerlo?
—Allí no ha habido muertos desde que los indios fueron expulsados. Es lo único bueno de Fort Madison: que ahora se había convertido en un lugar de paz.
—Pues oiga bien esto. Flanagan…
Y le contó lo que había sucedido. El otro le escuchó en silencio, pero dirigiéndole de vez en cuando miradas de incredulidad.
Al final susurró:
—Es asombroso… ¿Quién pudo tener interés en matarle?
—Alguien que sabía que iba a ir allí.
—Bueno… Yo lo sabía, o al menos podía tener motivos para sospecharlo —reconoció el ex sargento.
—En este caso usted es un culpable tan claro que no me sirve. Demasiadas cosas en contra suya.
Y miró significativamente a Ethel Martin.
Pero la muchacha estaba completamente abstraída. Parecía no interesarle nada de lo que acababa de oír.
Scott carraspeó.
—Muñeca —susurró—, he estado hablando de muertos.
—Sí, pero de muertos en un sitio llamado Fort Madison. A mí Fort Madison no me importa nada. Que se hunda y que se lo traguen los infiernos. Lo único que me importa es vengar a mis hombres y hacer que Cleveland pague sus crímenes.
—¿Y cómo piensas lograrlo?
—Con el poco dinero que me queda, pagaré a la Pinkerton. Ellos son especialistas ganaderos. Quizá puedan encontrar la pista de las reses que se llevaron.
—Me temo que pierdas lo poco que te queda, muchacha. Olvídate de la Pinkerton y vuelve a tu ciudad. Cuando te envíen a un hombre desde Chicago o aunque sea desde un punto más cercano, esas reses ya habrán sido desolladas al menos en cinco sitios distintos. Lo único que puedo ofrecerte: es dar una batida por el lugar donde ocurrieron los hechos. No olvides que yo también

trabajé para la Pinkerton durante un tiempo.

En los ojos de Ethel Martin brilló una chispita de gratitud.

—¿Cuándo podremos ir?

—Me gustaría que antes Flanagan viese los muertos de que estaba hablando —dijo Scott—. Los buitres aún no los habrán devorado, porque los encerré en una de las salas. Si no los he traído aquí ha sido por no llamar la atención del alguacil.

—De acuerdo, iremos en seguida —dijo el ex sargento.

—¿Puedo acompañarles? —preguntó la muchacha—. No quisiera quedarme sola aquí.

—Claro que sí. Acamparemos al pie del farallón y mañana, al amanecer, podemos estar en la fortaleza —decidió Scott—, pero hay algo más, Flanagan. ¡Algo muy extraño!

—¿Qué es?

—Noté dos veces una corriente de aire helado que parecía llegar desde el fondo de la tierra. Desde, una tumba desconocida, diría yo, porque era un viento que penetraba hasta los huesos. Y oí también un sonido lúgubre y alargado que no tiene explicación y que era imposible que surgiera de una garganta humana.

—¿Qué sonido?

—Se va a reír si se lo repito, Flanagan, pero trataré de hacerlo. Puede que usted lo haya oído alguna vez.

Y lanzó el grito que oyera antes en Fort Madison, tratando de conservar cada una de sus extrañas inflexiones. No estuvo muy seguro de haberlo logrado, pero notó que Flanagan palidecía,

—¿Lo ha oído alguna vez? —preguntó Scott.

—No, y la verdad es que no tiene sentido.

—Pues yo no estaba loco cuando lo escuché —murmuró el joven —. Usted que vivió allí, ¿es posible que no lo haya oído nunca?

—Nunca, se lo juro.

—¿Y las comisiones militares que visitaron aquello?

—Tampoco. No lo oyeron jamás.

Scott hizo un gesto de perplejidad, pues la verdad era que cada vez entendía menos aquello.

—Está bien —decidió—. De todos modos saldremos esta misma noche. Quizá tengamos suerte y mañana oigamos otra vez aquel grito ululante.

Flanagan movió la cabeza dubitativamente y murmuró:

—Mientras no suene en nuestros funerales para que resulten más bonitos...

CAPÍTULO VII

Cuando a la mañana siguiente llegaron a lo alto del farallón, donde estaban los restos de Fort Madison, no habla oído ningún sonido anormal. Sólo el aleteo de los buitres rompía la quietud del día que empezaba a nacer. El viejo fortín estaba como lo encontró Scott por primera vez. Daba la sensación de que nadie lo había pisado en muchos años.

Los cadáveres, en efecto, estaban encerrados dentro de una sala que aún conservaba unos restos de puertas.

Pero Scott hubo de disparar contra dos buitres que habían logrado infiltrarse por un hueco y que ya estaban sobre las caras de los muertos. Ethel Martin lanzó un grito de horror.

Los dos pajarracos quedaron tendidos en el suelo después de que las plumas saltaron en todas direcciones.

Luego, Flanagan se acercó a los muertos y los miró con gran atención.

—¿Qué? —preguntó Scott.

—No los había visto nunca.

—¿Al indio tampoco?

—Al indio tampoco, aunque es un renegado de esos que circulan por las ciudades, mezclados con los hombres blancos, y que muchas veces sirven para espiar a los de su raza. Pero lo cierto es que nunca había aparecido por Torwell. En cambio, puedo dar de él un dato interesante.

—¿Qué dato?

—Es un aropagawa, y los hombres de su tribu no atacaron Fort Madison. No veo, pues, qué diablos podía ligarle a este sitio. Yo más bien creo que alguien le ha pagado para que defendiera esto, pero podemos averiguarlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Los aropagawa están radicados no lejos de aquí. Un día de marcha nos bastará para llegar hasta ellos llevando el cadáver.

—Sí, ¿eh? ¿Y cómo justificamos su muerte? ¿Qué quiere? ¿Que nos empalen a todos?

El viejo Flanagan meneó la cabeza.

—Diremos que lo hemos encontrado en el camino y que se lo traemos para que le den una sepultura digna. A mí me conocen bien y me creerán. No haremos ninguna pregunta, pero si alguien conoce a este tipo hablará. Y me juego las manos a que lo conocen.

A Scott le pareció un plan razonable.

Además no tenían otro, de modo que envolvió el cadáver en una manta y lo dobló sobre la silla del caballo de refresco que habían traído pensando en aquella circunstancia.

—Comprendo que la compañía no es muy agradable —dijo a Ethel, mientras señalaba la montura con su lúgubre paquete—, pero el camino que seguimos es el que te lleva de regreso a tu casa y, por tanto, es posible que averigüemos algo. ¿Vienes con nosotros?

—Creo que es lo único que puedo hacer —dijo ella—. La verdad es que no me atrevo a volver sola.

Y emprendieron el camino. Scott no se dio prisa en bajar del farallón, por si otra vez escuchaba aquel lúgubre sonido que parecía haber surgido de las entrañas de la tierra.

Pero no oyeron nada más.

El sonido no se volvió a repetir.

Los tres jinetes, llevando el cadáver, emprendieron rumbo al oeste. Otro de los muertos quedó en Fort Madison para ser presa de los buitres.

Scott pensó que no volvería a vivir tranquilo mientras no desentrañara aquello.

Pero había diversas personas empeñadas de verdad en que Scott no viviese.

Ni tranquilo ni de ninguna otra manera.

CAPÍTULO VIII

Los indios vivían en un poblado ruinoso que antaño fue ocupado por los hombres blancos. Sus condiciones de vida eran más que primarias, porque las tierras que les dejaron los conquistadores no les daban apenas para subsistir. Ello explicaba que muchos jóvenes prefirieran bajar a las ciudades y servir a los hombres blancos en trabajos humillantes. Por ejemplo, en traicionar a los de su raza cada vez que había una revuelta, o en servir de guías para el Ejército. También algunos de ellos se empleaban como asesinos, dada su gran habilidad con el cuchillo.

El jefe de la tribu conocía, en efecto, a Flanagan, y agradeció que les trajese el cadáver. Creyó que, en efecto, lo habían encontrado en el camino cuando iban de viaje.

—No tenía parientes —explicó el viejo indio—, porque sus padres murieron el año pasado. Desde entonces vivía con los blancos y sabíamos que realizaba trabajos innobles, como por ejemplo vigilar en los *saloons* y a veces matar si le pagaban bien. No me extraña que haya acabado así. ¿Cuáles han sido las circunstancias de su muerte?

El propio Scott inventó una historia más o menos lógica, pero sin complicar demasiado las cosas ni mencionar para nada Fort Madison.

—Nunca sabremos quién le ha matado —susurró el viejo indio—, aunque repito que tenía que acabar así. ¿Qué vais a hacer vosotros ahora? La tribu os está agradecida. ¿Os quedaréis a descansar un par de días?

—Lo siento —dijo Flanagan—, pero tenemos mucha prisa. Buscamos el rastro de una manada que ha sido robada.

—¿Por quién?

—Sospechamos que por los hombres de Cleveland.

—El nombre de Cleveland ha sonado bastante por estas tierras —murmuró el jefe —, aunque a nosotros no ha podido robarnos nada porque nada tenemos. Pero los hombres blancos sienten por él un respetuoso temor.

—De respetuoso, nada —murmuró Scott—. Lo que queremos todos es verle colgado de una horca.

—Dudo que eso sea posible, porque siempre asegura bien sus golpes y actúa por todo el país. Es una de las bandas más listas y más rápidas que se conocen.

—¿Se les ha visto últimamente por aquí? A los indios no se les escapa nada de lo que ocurre en muchas millas a la redonda.

El jefe indio vaciló.

Parecía un poco atemorizado al dar aquellos detalles.

Pero al fin dijo:

—Favor por favor. Vosotros habéis traído el cadáver y nosotros os diremos lo que a veces se ve desde nuestras miserables casas. Hace dos días una punta de ganado pasó a cierta distancia.

Scott alzó la cabeza de pronto.

—¿Hacia dónde iban?

—En dirección a Wichita.

—Wichita está a cinco días de marcha de aquí... Incluso a más si uno tiene que seguir el paso de las manadas.

—Cierto, pero iban en esa dirección.

Scott había palidecido.

—¿Será posible...? —bisbiseó.

—Ya dije que en Wichita se vendían las reses a buen precio —murmuró Ethei, rompiendo el silencio por primera vez—. No me extraña que hayan llevado parte del ganado hacia allí confiando en que nadie va a seguirle el rastro.

Scott chascó dos dedos.

—Seguro que eran hombres de Cleveland —decidió—. Parte de ellos han seguido esa ruta,

—¿Y qué vamos a hacer? —musitó Ethel.

— ir detrás de ellos.

—Pero tú tienes trabajo aquí...

—Olvídalo —murmuró Scott.

Y dirigió a la muchacha una expresiva mirada que ella supo captar muy bien.

A Scott no le interesaba que los indios supieran por qué estaba allí. Todo lo que se relacionara con Fort Madison tenía que rodearse del más impenetrable silencio.

—Seguiremos inmediatamente —decidió.

—En ese caso les deseo suerte. Un guía les acompañará hasta el sitio exacto en que vimos la nube de polvo levantada por la manada. Desde allí les será fácil seguir el rastro.

—Gracias.

Saludaron a los ancianos de la tribu india y, acompañados por un joven jinete, se dirigieron hacia el este. Como la tribu vivía en un altozano, distinguía una gran extensión de terreno, y especialmente un valle que era una especie de camino natural para las manadas.

Era allí donde fue vista la nube.

El rastro todavía estaba bien marcado. Dedujeron que habían pasado por allí al menos mil cabezas.

—Seguro que era nuestra manada —dijo Ethel—. No tengo noticias de que ninguna otra estuviera haciendo esta ruta.

—Pues la seguiremos hasta Wichita —decidió Scott—. No quiero que ese maldito de Cleveland se haga rico después de un asesinato en masa. Si está en Wichita le encontraré y acabaré con él.

—¿Cómo lo harás? —musitó Flanagan, pensativamente—, si nunca le has visto la cara?

—Puede que la pista de la manada sea suficiente —dijo Scott—. Y. en todo caso es una prueba que tengo que hacer.

Si nos quedamos aquí, nunca capturaremos a Cleveland.

Acarició el cuello de su caballo, como indicándole que iba a necesitar ánimos para una larga marcha.

Ethel Martin le miraba fijamente.

Sus ojos quietos y profundos estaban clavados en él con una extraña fuerza.

—Tú tenías una misión aquí —dijo—. No puedes abandonarla.

—Tampoco puedo abandonar a una mujer que se encuentra en un apuro. Al menos no lo he hecho hasta ahora. ;

—Eres un tipo sorprendente, Scott. ¿Qué eres en realidad? ¿Un granuja o un caballero? Te juro que no sé cómo definirte.

—Hay muchos granujas caballeros y muchos caballeros granujas

—dijo Scott riendo—. Piensa en eso.

Y picó espuelas para que su caballo emprendiera el galope. Tenía que volver a Wichita.

Wichita, la única ciudad del mundo a la que no le convenía regresar…

* * *

Seguir el rastro de la manada fue fácil, porque además encontraron testigos que la habían visto pasar poco antes. De ese modo llegaron a Wichita casi al mismo tiempo que las reses, pues los tres jinetes habían podido avanzar a mucha más velocidad que éstas.

Había en la ciudad un permanente mercado ganadero donde se contrataban reses llegadas de todas partes. Unos grandes mayoristas que se enriquecían en pocos años las compraban a los ganaderos para reexpedirlas a Chicago por su cuenta y riesgo. Chicago era entonces el gran centro consumidor de carne del país, y lo es todavía.

Como las reses de todas las procedencias se mezclaban en una enorme explanada, Scott preguntó a la muchacha:

—Ahora podríamos fácilmente perder la pista. ¿Cuál es la marca de vuestras reses?

—Un cuadrado dividido en dos por una diagonal, como si formara dos triángulos.

—Seguro que las encontraremos, pero tú y Flanagan manteneos al margen. Esperadme en cualquier hotel y no os extrañéis si tardo. Puede que me tengáis que esperar seis años. O doce.

—Pero, ¿por qué?

—Si el *sheriff* me echa el ojo encima ya os lo explicaré.

Flanagan y la muchacha se alejaron, y Scott quedó solo. Flanagan había rejuvenecido, como si el volver otra vez a las aventuras le hubiera quitado veinte años de encima. En cambio, Ethel Martin no parecía muy convencida de todo aquello. Diríase que estaba arrepentida de haber metido a Scott en aquel lío, un lío del que el joven quizá no podría salir.

Lo malo era que Scott pensaba lo mismo.

El mercado ganadero era un sitio ideal para encontrar al *sheriff,* y no cabía duda de que el *sheriff* le daría las gracias por la alegría que

le proporcionaba. Debía tener una celda reservada para él desde que, poco antes, Scott salió de Wichita.

Por eso el joven procuró pasar inadvertido mientras miraba las docenas de reses igual que si fuera un posible comprador.

No tardó en encontrar algunas con la marca que le indicara Ethel.

Las estaban llevando a un gran apartadero situado al sur del sector.

El joven siguió su rastro, entre las nubes de polvo y los gritos de compradores y vendedores, hasta llegar al apartadero. Calculó que allí habría al menos ochocientas reses, todas ellas bastante delgadas. Las habían conducido mal, forzando demasiado el ritmo, y eso los animales lo acusaban con una notable pérdida de peso. Tal vez por esa razón el ganado no había sido vendido aún, aunque bastantes posibles compradores lo miraban desde las cercas.

Los hombres que custodiaban las reses eran cinco. Scott les contempló muy bien, apoyado en la cerca, fiándose de que a él no le conocían. Por su aspecto, le pareció que ninguno de aquellos tipos podía ser Cleveland, aunque la verdad era que a Cleveland nadie le había visto jamás la cara, excepto sus propios hombres. De modo que, en teoría, alguno de los que estaban allí podía serlo.

Pero no era fácil.

Seguramente Cleveland planeaba otros golpes mientras sus hombres se llevaban a distintos puntos la manada recién robada.

Scott estuvo un buen rato allí, fumando despaciosamente y vigilando por el rabillo del ojo para que no apareciese el *sheriff*. Vio que las reses no eran vendidas.

Mejor.

Así Ethel Martin tendría una posibilidad legal de recuperarlas.

La verdad era que la muchacha ya podía haber formulado la denuncia nada más llegar a Wichita, sabiendo que las reses estaban allí. Pero Scott quería ver antes a aquellos hombres en su salsa; quería saber si se reunían con alguien o daban cuerna de lo sucedido a un jefe que muy bien podría ser el propio Cleveland.

Cuando empezó a caer el sol, el mercado se consideró ya cerrado por aquel día. Las reses que no hablan sido vendidas siguieron descansando en los cercados y se les distribuyó agua y comida. De los cinco hombres que las vigilaban, sólo uno permanecía allí,

mientras que los otros cuatro se largaron a descansar.

Scott les siguió discretamente.

Fueron a un *saloon* cercano al mercado, donde la cerveza corría en enormes jarras de a litro, y donde por la mañana había que sacar, casi con pala, a docenas de borrachos. Los cuatro hombres se acodaron en la barra, pero uno de ellos se fijó en Scott al entrar.

Dio un codazo a los otros.

—Ese tipo nos ha venido siguiendo.

Unos vaqueros normales no hubieran considerado sospechoso aquello, porque la gente se mezclaba y se entremezclaba en Wichita cien veces al día. Pero ellos eran cuatreros y cualquier coincidencia les parecía sospechosa. De modo que inmediatamente se pusieron en guardia.

Scott se acercó también a la barra.

Ni siquiera les miró.

Pero no esperaba una reacción tan rápida ni tan salvaje por parte de aquellos tipos. Eran unos auténticos asesinos que preferían hacer una carnicería antes que mantener una sospecha.

Los cuatro dispararon a la vez.

Su objetivo era Scott, que estaba un poco más allá de la barra.

Pero entre Scott y los asesinos había dos hombres que inmediatamente fueron barridos por el plomo y que murieron sin saber por qué. No llegaron a saber tampoco que ellos salvaban a Scott, quien habla visto en la última fracción de segundo el relámpago de los revólveres.

El joven se dejó caer a tierra con un movimiento fulminante.

Su caída fue tan veloz que los cuatro asesinos tuvieron la sensación de que se había disuelto en el aire. Cuando giraron los «Colt» hacia el suelo, ya habían empezado a brotar de éste una serie de llamaradas rojas.

Dos de ellos cayeron fulminantemente.

No sintieron dolor. No se dieron cuenta ni de que morían.

Los otros dos, que al fin y al cabo eran unos cobardes, trataron de volver la espalda. Aquel era un enemigo fuera de serie, un enemigo al que no estaban acostumbrados. Uno de los dos recibió un balazo en el costado y se apoyó en la barra, mientras en sus facciones se reflejaba la angustia de la muerte.

El último logró atravesar la puerta.

Pero Scott dio un verdadero salto de puma, atravesando el aire. Cayó sobre la espalda de su enemigo y le cruzó en el cuello el antebrazo derecho. Los dos rodaron por el suelo, pero el cuatrero estaba perdido porque Scott, empleando el revólver con la izquierda, le habla clavado el cañón en la nuca.

Susurró:

—Suelta tu petardo, amigo.

El otro se dio buena prisa en hacerlo. Temblaba como un condenado.

—¿Quién.... quién eres?

—Os he seguido la pista desde las cercanías de Fort Madison.

Habían llegado rodando hasta un almacén que estaba contiguo al *saloon,* y donde se apilaban cajas de botellas. Nadie les había seguido hasta allí. La gente pensaba que era un asunto entre ellos y que sólo uno saldría vivo. Por otra parte, los muertos que se apilaban en el *saloon* ya daban bastante tema de conversación.

El cuatrero balbució:

—¿Nos..., nos has perseguido?

—Claro que sí. Os he seguido hasta Wichita y he visto las reses que tratáis de vender.

—No... no valen tanto, después de todo. Y si eres inteligente podemos llegar a un arreglo. Te quedas la mitad y...

—No es eso lo que busco, amigo.

Se habían ido incorporando los dos, pero Scott no dejaba de clavarle el revólver en la nuca.

El pistolero balbució:

—¿Pues qué buscas?

—Quiero ver a Cleveland.

El otro se estremeció como si le hubieran dado un pinchazo en la médula.

Eso demostró a Scott que no andaba desencaminado en sus sospechas. Era Cleveland, en efecto, el que dirigía todo aquello.

Hizo más fuerte la presión del revólver en la nuca de su enemigo.

—¿Dónde está?

—No le encontrarás en Wichita...

—No importa. Quiero saber dónde puedo verle. Estoy dispuesto a ir, si hace falta, al otro lado del país.

—A Cleveland, yo... yo no le he visto más que un par de veces

y...

Alguien aulló entonces en la puerta:

—¡Muévete, Tuck!

E hizo fuego, tratando de combinar el disparo con el movimiento del otro, para que Scott no tuviera ninguna posibilidad. Pero Scott acababa de adivinar aquella aparición en la puerta, la que no había dejado de vigilar en ningún momento, e hizo lo único que podía hacer: girar instantáneamente de forma que quedase detrás de su enemigo.

La bala atravesó al cuatrero de lleno.

Este lanzó un aullido, mientras el de la puerta también chillaba de rabia.

No tuvo tiempo de chillar dos veces.

Scott había bajado un poco el revólver. Disparó junto al codo de su enemigo muerto.

El de la puerta se bamboleó, se apoyó en una jamba y terminó soltando el «Colt». Dio un par de pasos, ya casi arrastrándose, y terminó cayendo en el *saloon,* tras dejar un reguero de sangre.

Scott repuso las balas.

Y volvió al *saloon,* donde todo el mundo le miraba con expresión atónita.

No podía decirse que su cara fuera alegre.

No había averiguado nada de lo fundamenta). No sabía dónde estaba Cleveland.

Recuperar unas reses, al fin y al cabo, significaba bien poca cosa. Lo que él quería era saber dónde estaba el famoso forajido, y en ese sentido no había adelantado ni un paso.

El dueño del *saloon* preguntó:

—¿Algún ajuste de cuentas?

—Puede que haya sido eso. Tome. Entiérrelo con dignidad.

Y depositó un billete sobre la barra. Luego salió para buscar a Ethel y Flanagan, que debían estar en algún hotel de la ciudad, pero no sabía cuál. Lo malo era que si empezaba a meter las narices por muchos sitios tropezaría con el *sheriff.*

Y quizá con el alcaide de la prisión.

¡Uf! Mala gente...

Tuvo suerte, de todos modos, porque en el segundo hotel en que preguntó le dijeron que, en efecto, una chica despampanante y un

vejestorio con dos medallas habían pedido habitación allí. Pero pocos minutos antes habían salido para cenar.

Scott pidió también habitación.

Estaba muy cansado después de galopar cinco días seguidos y de haber pasado tantas horas bajo el sol, en las cercas del ganado. Para postres, sólo le había faltado la pelea.

De modo que se mojó la cara, se quitó las botas, los calcetines y la camisa, dejándose sólo el pantalón, y se tendió en la cama, cerrando los ojos con expresión beatifica.

No había terminado de cerrarlos cuando alguien le zarandeó.

—¡Eh, Scott! ¡Scott, maldito granuja!

El joven parpadeó dos veces, alzando un poco la cabeza.

Por un momento le pareció que la había diñado y que estaba en algún sitio así como el paraíso de Mahoma.

Como se sabe, los mahometanos dicen que su paraíso está lleno de terrenos de caza y de señoras estupendas.

El joven pensó:

«¡Ganga!»

Y tendió las manos hacia aquella aparición.

Pero de pronto pensó también:

«¡Cuerno! ¡Si yo no creo en Mahoma!»

Y entonces se despabiló del todo, a lo cual contribuyó, sin duda, el guantazo más que respetable que le dio la chica.

—¡Canalla! ¡Fresco! ¡Sinvergüenza! ¡Hijo arrepentido de una hiena y de un coyote!

Scott sujetó como pudo las manos de Yolanda Foster, que al parecer estaba dispuesta a seguir atizándole hasta que creyera en Mahoma, o poco menos.

—No hay que ponerse así —dijo Scott.

—¿Cómo que no hay que ponerse así? ¡Te di un anticipo para que fueras a Fort Madison!

—Y fui.

—¿Averiguaste algo?

—Hum... Todo aquello era muy extraño.

—¡Que era muy extraño ya lo sabía yo! ¡Para averiguar eso no necesitaba gastarme el dinero ni contratar a un gandul como tú!

—No hay que ponerse así, nena.

—¿No, eh? ¿Entonces por qué estás en Wichita otra vez?

—¿Me has seguido?

—He sabido que en un *saloon* cerca de aquí un hombre joven acababa de matar a cuatro pistoleros, y por el modo como explicaban las cosas he pensado: «¡Ese tiene que ser el bestia de Scott!» A partir de ahí no ha sido nada difícil encontrar tu pista.

Scott tragó saliva.

—Se nota que estás muy contenta al verme...

—Me has estafado.

—Te juro que no. Si me alejé de Fort Madison fue porque allí nada más podía encontrar de momento.

—¿Y qué haces en Wichita?

— Seguía la pista de irnos cuatreros.

—O sea que has aceptado otro trabajo, ¿no? No haces ninguno y cobras por los dos.

—Por éste no cobro.

—¡Es lo último que me faltaba oír! ¡O sea que me engañas gratis!

—Te juro que sacaré algo en limpio de Fort Madison o te devolveré el dinero, Yolanda.

Las facciones de la hermosa muchacha se suavizaron.

La ira con que había entrado en la habitación fue disolviéndose poco a poco.

—Compréndelo —dijo con suavidad—. Tú no sabes lo que es este sufrimiento... Lo único que me interesa es recuperar el cadáver de mi padre.

—Me temo que ése será un mal trago que te hará sufrir más aún, preciosa.

—En todo caso mí obligación es dar con él. Porque a veces pienso que puede no estar muerto. Pienso que pudieron hacerle prisionero y tenerlo ahora convertido en un esclavo, en alguna tribu india.

—Las tribus indias están muy controladas y no tienen prisioneros blancos. Estoy seguro de que un día aparecerá el cadáver de tu padre. Yolanda, y entonces lamentarás haberte metido en este lío. A veces es mejor ignorar.

—No todo son sentimentalismos —aclaró ella, haciendo un mohín.

—¿Qué quieres decir?

—Desgraciadamente la vida tiene sus exigencias. Mientras no se

demuestre la muerte de mi padre, el Ejército le abona su sueldo en una cuenta especial de la que yo no puedo tocar nada. Si se demuestra que está muerto, me pagarán lo que hay en esa cuenta y además me irán abonando una pensión de huérfana.

Scott dio con el dedo índice un suave golpecito en el ombligo a la muchacha.

—Ya veo. Eres una picarona.

—¿Verdad que me ayudarás, Scott?

Había una suave ternura en su voz.

Una ternura a la que ni una estatua de piedra hubiera podido mostrarse indiferente.

Scott le puso una mano en los cabellos.

—Claro, nena.

—Sólo he confiado en ti.

Scott le puso la otra mano en la cintura.

—Y has hecho bien, chata.

—Si fallas me encontraré perdida.

—Tú nunca te perderás, nena. Porque tú te pierdes en una calle y, al cabo de cinco minutos, todos los hombres de la ciudad te están buscando.

—Si quieres algo más de dinero te lo pagaré, pero no dejes este asunto ahora.

—¿Quién habla de dinero, preciosa?

Y movió las dos manos poco a poco, hasta sujetar a la chica por los hombros.

Tendido como estaba, la inclinó hacia él.

Yolanda no se resistió.

Sus labios eran rojos, pulposos, turgentes.

Sus labios eran una maravillosa tentación.

—Me siento muy sola, Scott.

—Desde luego. Peor es estar sola que bien acompañada.

—Me parece que dices las cosas al revés, Scott.

—Nada de eso, nena. Yo sé lo que me digo.

Y rozó con sus labios aquellos otros labios de seda.

—Bueno, lo sabia… —musitó.

Volvió a rozar los labios.

—Aunque me parece que ahora no sé nada…

Y de pronto se decidió.

Nunca había tenido en sus brazos una chica tan preciosa como aquella.

Eso le asustaba un poco y le daba una cierta timidez, pero en seguida pensó: «¡Aprovecha la ocasión, muchacho! ¡Seguro que no se vuelve a repetir!»

Y besó a la chica como la hubiera besado un cosaco.

Ella no opuso resistencia.

Más bien puede decirse que «colaboró» bastante.

Pero en aquel momento se abrió la puerta de la habitación.

Y una cara atónita, unos ojos llorosos, una boca entreabierta aparecieron en el umbral.

Una mirada incrédula se posó en las figuras de los dos, que se estaban besando.

Ethel Martin pareció recibir aquella visión como una bofetada en pleno rostro.

Bisbiseó:

—¡Farsante!

Y cerró de golpe.

Yolanda había alzado la cabeza con un gesto de sobresalto.

Susurró:

—Nos han visto...

—Sí, nena, pero no te preocupes. No pasa nada. Nadie va a avisar a los bomberos...

Pero ella ya se habla erguido y se arreglaba con mano rápida el relativo desorden de sus ropas.

—Esto es terrible. Tengo que marcharme.

—¡Pero si no es nada larde, chata...!

—¿.Tú qué le has creído? Tengo que defender mi honor.

—¡Toma! ¡Y yo el mío! ¡Y ya lo ves! ¡Me quedo tan tranquilo!

—¡Tú no tienes honor, so granuja!

La chica se levantó y se fue. Scott se quedó solo, mientras se daba masaje en la barbilla, que ahora, de pronto, le había vuelto a doler después del golpe de Yolanda.

—¡Esto sí que es mala suerte! —masculló—, ¡Hace un momento podía haber tenido a dos chicas, y ahora resulta que no tengo ninguna!

CAPÍTULO IX

El patio de Fort Madison tenía el mismo aspecto siniestro de siempre. Los buitres continuaban en los mismos sitios, como esperando que él volviese. El silencio volvía a ser atroz, a excepción de cuando se levantaba el viento y entonces se formaban en el patio unos remolinos de polvo.

Scott se detuvo en el centro del gran recinto.

Parecía como si no hubiera pasado en absoluto el tiempo. Parecía como si él entrase allí por primera vez.

Pero sin embargo, habían pasado muchas cosas en los últimos días. Había vuelto de Wichita después de quedarse sin ninguna mujer. Se había largado de allí sin poder hablar con Ethel Martin, aunque al final pudo localizar al viejo Flanagan.

Recordaba palabra por palabra la conversación que sostuvo con éste antes de largarse de Wichita

—Dile a Ethel que lo siento, Flanagan. Yo no tengo nada que ver con aquella chica. Sólo la estaba besando.

—Y eres muy libre de hacerlo, muchacho, si la otra acepta. Incluso te diría que Ethel no tiene por qué meterse en tus asuntos, después de lo mucho que la has ayudado. Pero lo malo es que esa chica no puede evitarlo. Se ha enamorado de ti.

—¡Ejem! Pues yo... yo... yo... ¡Al diablo! ¡No quiero más líos!

—¿Qué pretendes que le diga?

—En primer lugar que... Bueno, que lo siento mucho, y que lo único que yo tengo con Yolanda es un contrato profesional, aunque después de aquellos besos dudo mucho que lo crea. En segundo lugar, le dices que denuncie al *sheriff* el robo de sus reses. Las podrá recuperar fácilmente, porque están en el cercado número veintiuno.

Hay un solo hombre que las vigila y puede hacer que el *sheriff* le interrogue, aunque dudo mucho que saque algo en limpio.

—Se lo diré, muchacho. Al menos gracias a ti recuperará una parte de sus reses.

—No quiero que me agradezca nada. Y tú también podrías hacer algo, Flanagan.

—¿Yo? ¿El qué?

—He matado a unos hombres que estoy seguro pertenecen

a la banda de Cleveland. Son los mismos cuatreros a los que hemos seguido la pista desde la ciudad india. Creo que deberías ir a su entierro y observar lo que haya. Por ejemplo, si asisten otros forajidos a la ceremonia. O si alguno de ellos puede ser Cleveland,

—Así lo haré. Scott. Pero tú, ¿dónde estarás mientras tanto?

—Volveré a Fort Madison. Tenía razón Yolanda. No puedo abandonar el asunto después del anticipo que me ha pagado por él.

—De acuerdo, Scott. Buen viaje. Nos reuniremos allí.

—Allí me encontrarás si no me han matado antes.

Y allí estaba.

Captando aquel espectral silencio y recibiendo en la cara el polvo del patio cada vez que se levantaba una de aquellas ráfagas de viento.

Dejó que su caballo descansase y avanzó junto a las cercas mientras lo oteaba todo otra vez. ¿Pero qué esperaba encontrar allí? ¿No lo había registrado ya el primer día? ¿Por qué perdía el tiempo en una vieja fortaleza abandonada, donde no Había nada absolutamente?

De pronto recibió otra vez en la cara aquel viento trío.

Aquel viento de cementerio…

Scott se estremeció, porque ya lo había notado otras veces. Y pensó que al instante oiría otra vez aquel gemido espectral que parecía llegar desde las entrañas de la tierra.

En efecto, lo oyó.

Pero ahora era mucho más débil.

Sólo llegó hasta sus oídos un leve y extraño «Aaaayyuuuuiii… Aaayyuuui»,

Scott se estremeció, a pesar de la serenidad que tenía. Tuvo la extraña sensación de encontrarse en un mundo sobre natural, donde todo carecía de sentido.

Y entonces escuchó algo más.

Algo que le heló la sangre en las venas.

¡Un leve sonido de trompeta!

¡Como si alguien hubiera dado un leve soplo en la trompeta del Séptimo de línea!

¡Igual que si los muertos, los esqueletos de los defensores, los cráneos con las cuencas vacías se hubieran puesto a vivir otra vez!...

CAPÍTULO X

Scott intentó recuperar la serenidad que, por unos instantes, había estado a punto de perder del todo. Aquello le parecía tan absurdo que hasta creyó haber estado soñando. Pero había oído bien aquel extraño lamento, y además no era la primera vez.

Lo más absurdo era la trompeta.

Claro que había sido como un leve soplo, como un toque que ni siquiera tuvo entonación. Pero, ¿de dónde surgía? ¿Qué extraños fenómenos de ultratumba se estaban produciendo allí?

Scott volvió a mirar en torno suyo.

Lentamente, con una lentitud de microscopio.

Sentía que unas gotas de sudor helado iban bañando sus facciones.

Y entonces le pareció que una de las viejas puertas que daban al patio no estaba como él la vio momentos antes. Podía tratarse de una ilusión, pero le pareció que se había movido.

Extrajo el revólver.

Se acercó pausadamente, procurando no hacer ruido, seguido por la mirada atenta e insolente de los buitres.

Y de pronto abrió la puerta de un golpetazo, mientras encañonaba con el revólver hacia el interior.

Nada.

Era la gran sala donde estuvo antaño el cuarto de banderas, y que los indios habían destrozado por completo. Al ser recuperado el fuerte, alguien había dado unos brochazos de cal sobre la sangre que llenaba las paredes, pero ahora la sangre volvía a rebrotar, como una mancha eterna que siempre acompañaría al trágico destino de Fort Madison.

No se veía a nadie.

Y no había allí más salida, de modo que la puerta tuvo que moverla el viento. ¿Pero por qué aquella si y las otras no? Scott dedujo que porque allí había corriente de aire.

Un chorro de aire venía a intervalos del patio. Pero el otro, ¿de dónde?

Allí no había ventanas ni otras puertas, aunque en cambio había una chimenea de piedra. Una chimenea enorme a la que el joven se acercó cautamente.

Arqueó las cejas mientras se detenía a pensar un momento.

Y de pronto el chorro de aire helado llegó otra vez. La puerta se movió y acabó medio desencajándose. Ahora Scott no pudo tener la menor duda de que aquel viento frío y repentino llegaba desde la chimenea.

Pero eso significaba que había otra boca en algún sitio, porque solamente el tiro normal no bastaría para aquella corriente de aire. Convencido de que tal vez habla puesto los pies en terreno firme, el joven avanzó hacia la chimenea.

El hueco del tiro, que subía a las alturas, era muy grande, de modo que tal vez pudo haber servido de escondrijo para un hombre. Y sin duda lo sirvió, porque sobre el hollín aún había una oscura mancha de sangre. Algún soldado que trataba de huir por allí fue atrapado por los indios y acuchillado en lo más angustioso de su intento.

Scott lo fue palpando todo.

Se introdujo materialmente en el tubo de la chimenea, aun a riesgo de ponerse perdido de hollín.

Y descubrió entonces, a la altura de sus ojos, un hueco, por donde podía pasar bien un hombre. En un principio el hueco debió ser más pequeño, de manera que a un soldado le hubiese sido muy difícil pasar por allí. Pero el viento había hecho caer algunos ladrillos, los cuales yacían en el suelo del hogar. De modo que, cuando las comisiones militares iniciaron la investigación, aquel hueco debió ser mucho menos visible que ahora.

El joven trató de meterse por allí, decidido a llegar hasta el mismo infierno si hacía falta.

Pero le fue muy difícil, a pesar de su agilidad. Entonces, ¿cómo habían entrado por un hueco aún más pequeño los veinte soldados

fugitivos, suponiendo que hubieran entrado por aquel sitio?

Pensó que quizá había una explicación.

Primero entraba el más pequeño y delgado de todos, quizá, por ejemplo, un corneta. Este ayudaba al segundo, que ocupaba su puesto mientras el corneta seguía adelante. El segundo ayudaba al tercero, que le sustituía, y así sucesivamente. Porque, en efecto, si alguien ayudaba tirando de uno desde dentro, era más fácil.

Scott lo probó de nuevo y lo consiguió. Ahora ya tenía una posible pista para seguir el rastro de los veinte hombres. Aunque estaba seguro de que encontraría veinte cadáveres.

El hueco, que era muy estrecho al principio, se hacía más ancho a medida que uno gateaba por él. Llegaba un momento en que se podía poner en pie. Scott se dio cuenta, aunque avanzaba a tientas, de que aquello formaba una amplia curva, al tiempo que descendía.

Estaba, pues, bajo el gran patio central. Y sin duda alguna aquello terminaría debajo de la fortaleza, donde terminase la pared del farallón.

No supo cuánto tiempo estuvo así.

Le pareció que aquello nunca terminaba, y temió que en cualquier momento empezaría a palpar los primeros esqueletos.

Pero entonces distinguió un leve rastro de luz.

¡Era una salida!

Y el viento casi huracanado, concentrándose en el pasadizo, le hizo vacilar mientras le parecía oír, a lo lejos, aquel gemido lastimero.

Ahora entendía bastantes cosas. Y Scott apretó los labios mientras cabeceaba lentamente, como si quisiera convencerse a sí mismo.

El viento llegaba hasta el farallón, penetraba por el hueco que él entreveía delante de sus ojos y salía por la chimenea, produciendo aquella especie de aullido lastimero e inhumano que llegaba desde el fondo de la tierra. Pero quedaba una duda. ¿Por qué aquel viento sólo lo había captado él? ¿Por qué los de la comisión militar no lo descubrieron también, descubriendo por tanto el pasadizo que llevaba hasta allí?

Los militares que hicieron la investigación no eran tontos ni sordos; por lo tanto, tenía que haber alguna causa. Pero Scott no acertaba a descubrirla ahora, de modo que dejó aquel problema para

más adelante.

Bastantes nos tenía con lo actual.

Estaba seguro de que descubriría a los esqueletos.

Pero llegó al final, una abertura tapada por los arbustos y que caía a pico sobre el abismo, sin haber encontrado nada. Una cosa estaba clara, y era que nadie podía descender desde allí si no era con ayuda de cuerdas...Nadie podía subir tampoco, y por lo tanto los indios no habían atacado por aquel sitio.

Sus ojos descubrieron entonces algo que brillaba tenuemente, con un brillo ya mortuorio.

La corneta.

Una vieja corneta en cuyo latón estaban grabadas las iníciales del Séptimo de línea.

Había quedado enganchada entre dos piedras y, según como entraba el viento, daba de lleno en su boca, produciendo el mismo efecto que si alguien soplase. Claro que eso sólo sucedía muy de tarde en tarde, según la dirección del viento, y el sonido era totalmente inarticulado. Pero él lo había oído, y aquel sonido era una de las cosas que le habían llevado hasta allí.

Se apoyó en la pared y trató de pensar.

Pero todo daba vueltas en torno suyo.

¿Dónde diablo estaban los veinte hombres que no fueron hallados jamás?

¿Dónde yacían sus cadáveres?

El joven comprendió que para esas preguntas nunca encontraría respuesta.

Y entonces le pareció oír algo más. Algo que en el primer momento le pareció irreal.

¡Pasos! ¡Pasos que se acercaban!

¡Alguien había descubierto aquella especie de ruta del infierno y venía hacia él!

CAPÍTULO XI

Scott preparó el revólver.

No veía nada o casi nada, pero oía perfectamente el rumor de pasos que se iban acercando poco a poco. Por tanto, lo único que hizo fue apartarse de la zona de luz para que no le viesen a él.

Se pegó a la pared, conteniendo la respiración.

Ahora su situación era más favorable.

El que fuese, llegaría hasta allí y casi tropezaría con él. Ese sería, pues, el momento de ajustarle las cuentas.

En efecto, los pasos sonaron junto a él.

Scott vio una silueta confusa.

Y tendió el revólver.

—¡Quieto!

La voz le hizo estremecer.

—¡No! ¡No dispare! ¡Yo estuve aquí mucho tiempo!

El joven bajó el «Colt» mientras la sorpresa le dejaba mudo. ¡Infiernos! ¡El que estaba allí era nada menos que Flanagan!

Flanagan repitió:

—¡No tire!

—No pienso hacerlo, viejo carcamal —dijo Scott—. ¿Pero puedo saber cómo te has metido aquí?

Flanagan tartamudeó:

—Cu...cuerno... Es... ¡Eres tú, Scott!

—¿A quién esperabas encontrar pues?

— Deja que te vea.

Los dos se acercaron a la zona de luz, apartando los matojos. Flanagan, al asomarse, vaciló con una brusca sensación de vértigo.

—Nunca lo hubiera imaginado —musitó.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Ya te dije que vendría y que nos encontraríamos en Fort Madison. He venido y he visto tu caballo en el patio. El resto no ha sido difícil, puesto que tus huellas se marcaban muy bien en el polvo hasta llegar a la chimenea.

—Ahora lo comprendo —dijo Scott—. He dejado un rastro demasiado claro.

—Me ha costado muchísimo entrar por el hueco —susurró Flanagan—, peto al final lo he conseguido. Te juro que de ninguna manera... En fin, de ninguna manera esperaba esto.

—¿Nadie conocía este pasadizo?

—No. Sólo debía conocerlo el coronel. No sé si algún oficial lo conocía también, pero te juro que la gente lo ignoraba.

—Hay una montaña de preguntas que quiero hacerte, Flanagan. Creo que tú eres el único que puede contestarlas

—Haré lo que pueda. Empieza.

—Este pasadizo es muy antiguo, tanto que quizá lo aprovecharon los que construyeron Fort Madison. Yo lo he descubierto porque el viento sopla al entrar en él. El viento es a veces tan fuerte que incluso ha derribado unos ladrillos junto a la chimenea. ¿Cómo es posible que no lo oyeseis los de la guarnición? ¿Y cómo pasó desapercibido a los de la comisión militar que hicieron las investigaciones?

Flanagan hizo un gesto de duda.

Oteó el paisaje desde la abertura.

Y al fin musitó:

—Creo que hay una explicación, y esa explicación está en el farallón que ves ahí enfrente.

—¿Qué pasa con él?

—Antes era más alto y protegía del viento a Fort Madison, por lo menos por este lado. Pero hace poco, como las rocas de la cima caían a la llanura y cortaban los caminos, los del Ejército pusieron en las alturas unas cargas de dinamita y así saltó todo lo que no estaba firme. El farallón ha quedado mucho más bajo y ya..., ya rio protege del viento,

—¿Eso ocurrió después de que pasaran por aquí los de la comisión investigadora?

—Sí. Pasó hace poco.

— Pues entonces lo comprendo todo —dijo Scott—. Lo que sigo sin entender es lo que pasó con el coronel Foster y sus hombres. No hay duda de que llegaron hasta este lugar. Uno de ellos era el corneta, porque aquí está su instrumento. ¿Pero qué pasó luego?

—Lo lógico es que hubieran quedado acorralados aquí, mientras los indios estaban en el fuerte, y hubieran muerto de sed y de hambre —dijo Flanagan—. Pero no aparece ni rastro de sus cadáveres.

—Lo cual parece indicar que huyeron.

—Sí, eso tiene que ser, ¿pero adonde?

Los dos hombres se miraron cara a cara, a la indecisa luz que pasaba por el hueco.

Scott dijo:

—Me temo que no podre darle una respuesta a Yolanda Foster. Me temo que no podré dársela nunca.

El ex sargento musitó:

—Salgamos de aquí, Scott… Comprende que esto es para mí como una pesadilla. Salgamos cuanto antes.

El joven se situó delante y rehicieron el camino. Encontrar la chimenea de nuevo no fue tan difícil.

Y los dos volvieron a la casa del viejo Flanagan. Los dos volvieron en silencio, sintiendo en sus espaldas el aleteo del misterio.

CAPÍTULO XII

Durante un día largo no hicieron nada que valiese la pena. Nada excepto pensar y dar vueltas a un asunto que no parecía ofrecer soluciones. Scott se dio cuenta de que el viejo sargento estaba preocupado y dolorido porque no hacía más que darle meneos a la botella de whisky.

Al fin, al segundo día, llegó a Turwell la diligencia.

Era una de las líneas más rápidas del Oeste, pues en realidad no atravesaba más que llanuras. La diligencia traqueteó por las calles del pueblo, se detuvo unos minutos y los dos nombres se sorprendieron cuando, algo más tarde, llamaron a su puerta.

Fue Scott el que abrió.

Y estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa al encontrarse cara a cara con Ethel Martin.

Esta tenía las facciones levemente crispadas.

Le miraba con expresión desafiante.

Y con un gesto brusco se limitó a tenderle un fajo de billetes mientras le decía:

—Toma.

—Pero..., ¡pero, Ethel!

—He dicho que tomes.

—¿Qué es esto?

—Tu parte.

—¿Mi parte de qué?

—Tú me ayudaste a recuperar muchas de mis reses. Sin ti no lo hubiera conseguido.

—Bueno, pero eso no tiene importancia. Yo creo que...

—La ley dice que a la persona que ayuda a encontrar unas reses

perdidas o robadas, se la debe recompensar. Aquí tienes lo que te corresponde. No quiero deberte nada.

Scott palideció levemente.

Se daba cuenta de lo muy herida que estaba la muchacha. Y al mismo tiempo de lo mucho que sufría.

Claro que.... ¿por qué se había hecho ilusiones? ¿No sabía que él era un sinvergüenza?

—¿No pasas? —preguntó, rechazando el dinero con un gesto.

Ella le miró de forma inquisitiva.

—No lo quieres, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Ya tienes bastante con lo que te ha pagado la otra?

—Yo no admito dinero de las mujeres, Ethel.

—Ya lo sé. Tú admites otras cosas.

En aquel momento intervino el viejo Flanagan, que lo había oído todo desde la habitación. El ex sargento estaba acariciando una vieja insignia del Séptimo de línea.

— Podrías descansar un momento, Ethel —dijo—. El viaje en diligencia desde Wichita ha debido ser infernal.

—Sí, pero la diligencia que regresa se cruza con ésta y sale dentro de media hora. De modo que no puedo perder tiempo si quiero tomarla.

—¿Qué pasa? ¿Estás decidida a volver?

—¡Claro que sí!

—¿Y para eso te has dado una paliza tan terrible? ¿Sólo para llamar a la puerta?

—¡He venido para pagar una deuda de honor!

—Has hecho mal —dijo Scott tranquilamente—, porque yo no tengo honor. Y te lo demostraré.

Sujetó a la chica por la cintura y sin ceremonia, sin rodeos y sin... sin vergüenza, la besó tranquilamente en la boca.

Ella se resistió.

No era como Yolanda.

Pateó y golpeó todo lo que pudo, pero era como si patease y golpease a un pedazo de roca.

Cuando Scott la soltó, Ethel Martin estaba lívida.

Se mordió los labios tan fuertemente, con un gesto de rabia, que se hizo sangre en ellos.

Y escupió el insulto:

—¡Canalla!

No se detuvo aquí.

Movió la derecha dispuesta a largar un guantazo de los que tumban a un hombre.

Y lo largó.

¡Vaya si lo largó!

Algunos boxeadores de los que entonces ya pululaban por el Oeste hubieran querido tener un gancho como el de Ethel.

Lo que pasó, sin embargo, fue que a Scott ya le habían aporreado muchas veces y sabía esquivar los guantazos. De modo que, de una forma instintiva, ladeó la cabeza y el puño de Ethel pasó junto a él como un obús, yendo a estrellarse contra el marco de la puerta.

La chica lanzó un grito de dolor.

Sonó un «chask» y dio la sensación de que se habla roto los nudillos.

Scott palideció intensamente.

—Lo siento —bisbiseó—. Si llego a imaginarlo, me... me dejo pegar. Lo de apartar la cabeza ha sido una cosa instintiva.

Ella contuvo un gesto de dolor.

La mano debía hacerle tanto daño que hasta se le había cortado la respiración.

El viejo Flanagan la llevó hasta el interior de la habitación, le tensó los dedos con cuidado y miró la mano, que se iba hinchando rápidamente.

—No puedes irte así —dijo—. ¿Y si hay complicaciones?

—¡Claro que me iré! ¡No pienso estar ni un minuto más bajo el mismo techo que ese canalla!

—Repito que lo siento —murmuró Scott—. Si puedo hacer algo por ti, Ethel...

—¡Claro que puedes hacer algo!

—¿Qué?

—¡Morirte!

Flanagan estaba mojando unas hierbas que previsoramente tenía en la casa y las puso sobre el dorso de la mano de Ethel, vendándola luego con fuerza. Eran unas hierbas que evitaban la inflamación y calmaban el dolor. Luego le dio a beber un poco de ron.

Scott contemplaba todo aquello en silencio.

Por si tuviera pocas preocupaciones, sólo le faltaba aquélla.

Dos mujeres se habían enamorado de él. Dos chicas desea han metérselo en el bolsillo y tenerlo en exclusiva.

Y las dos eran de armas tomar.

No resultaba extraño que Scott pensara por unos momentos en largarse a California, porque no podía más lejos. Porque después de California ya venía el mar.

Flanagan le estaba diciendo en aquel momento a la muchacha:

—Lo que debes hacer ahora es descansar. No puedes arriesgarte a tomar la diligencia en otro viaje de cinco días. Si se te ha roto algún ligamento, cosa que no puedo saber aún, la mano se te pondrá perdida.

—¡Repito que no me quedaré bajo el mismo techo que ese canalla!

—Seré yo el que se vaya de aquí —murmuró Scott—. No te preocupes. Pero antes quisiera preguntarte una cosa.

—Sólo quiero que me hagas una pregunta: lo que pienso gastarme en tus funerales.

—A mis funerales asistirás quizá antes de lo que piensas, Ethel. Pero ahora me gustaría saber qué pasó con los cuatreros de Wichita; es decir, los que estaban tratando de vender tu ganado y a los que supongo que detuvo el *sheriff*.

—Los metieron en la cárcel, naturalmente. Supongo que tendrán al menos para cinco años.

—¿Pero hablaron? ¿Dijeron quién era su jefe?

—Sólo confesaron lo que ya imaginábamos: que pertenecían a un grupo de la banda de Cleveland.

—Eso no es gran cosa —murmuró Scott.

—¡Pues no han dicho nada más! ¡Y ahora lárgate! ¡O tú o yo sobramos en esta casa!

Scott chascó dos dedos.

—Adiós, muñeca.

—¿Adónde vas? —preguntó Flanagan.

—Por ahí…

—Por favor, vuelve a colgar junto a la puerta el banderín del Séptimo de línea. Con el golpe se ha caído…

—Tienes toda la casa llena de recuerdos de tu viejo regimiento, Flanagan. ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

—No puedo. Ese regimiento ha sido toda mi vida. Piensa que

entré en él de cornetín de órdenes. Cuando me hicieron sargento, sabía más cosas del regimiento que el propio coronel Foster. Nunca he tenido mujer, ni hijos, ni familia. Ese viejo regimiento lo era todo para mí.

Brillaban dos chispitas de nostalgia en el fondo de los ojos de Flanagan. El joven comprendió que muy pronto aquellas dos chispitas se transformarían en dos punzantes lágrimas.

Pero aún intentó quitar importancia al asunto. No había motivo para que Flanagan se pasase sufriendo lo que le quedaba de vida.

Murmuró:

—Tu viejo regimiento ya no existe. Fue acribillado y pasado a cuchillo en Fort Madison y sus alrededores. ¿Es que ya no lo recuerdas? ¿Por qué no piensas de una vez que el Séptimo de línea ya pasó a la historia? —Porque esa historia es toda mi vida —dijo el viejo Flanagan—, Porque no concibo el mundo sin la bandera del regimiento y sin que todos le guardemos el debido respeto. Todos los hombres del Séptimo de línea fueron valientes. Todos los hombres del Séptimo de línea fueron gente de honor.

—Nadie te discute eso —dijo Scott—. Está bien, ya cuidaré del banderín y respetaré tus viejos recuerdos.

Y se largó.

En efecto, el banderín de señales que estaba junto a la puerta se había desenganchado en parte, aunque sin caer al suelo. El joven lo colocó bien de nuevo ames de salir. Pero no fue demasiado lejos. Después de beber una copa en el *saloon* regresó a la pequeña cuadra donde estaban los caballos, dispuesto a pasar la noche allí.

La cuadra estaba muy limpia.

Olía a paja fresca y a cuero nuevo. Los caballos prestaban una agradable compañía. Los caballos siempre habían figurado entre los mejores amigos de Scott.

Este terminó durmiéndose en medio de aquel ambiente apacible.

Hasta se olvidó de las dos mujeres, pese a lo difícil que era borrar de la memoria dos bellezas así.

Yolanda Foster le gustaba por aquella especie de halo sensual que la rodeaba, por el cierto misterio que había en su voz y en sus ojos, y porque parecía como si hubiera nacido para amar. En cambio. Ethel Martin le gustaba por su espontaneidad, por la sinceridad de sus sentimientos y por... Bueno. por sus curvas. Todo

hay que decirlo, ¿no? Ethel Martin tenía tantas que uno llegaba a sentir vértigo.

Hizo un gesto como si diera un manotazo al aire.

Mejor olvidarlas a las dos.

Hizo esfuerzos para dormirse y al final lo consiguió.

Estaba muy tranquilo. Dormía profundamente, con la confianza de encontrarse en terreno amigo.

Por eso no se dio cuenta de nada.

Por eso no se dio cuenta de que aquella sombra se deslizaba en silencio hacia él.

El cuchillo relampagueó en el aire.

¿Hubo un momento de vacilación en la figura que lo empuñaba? ¿O quizá fue que el joven cambió de postura sin darse cuenta? ¿O todo se debió al relincho de uno de los caballos?

Quizá fue un conjunto de todas esas cosas. Más tarde el joven lo pensaría así, pero la verdad fue que en este momento no pensó en nada. El relincho del caballo le sorprendió en el momento en que cambiaba de postura girando sobre sí mismo. Le pareció ver una especie de relampagueo en el aire y entonces todo su cuerpo sufrió una convulsión.

La hoja de acero se hundió en la paja, donde antes había estado su espalda.

La verdad fue que su atacante no debía ser muy experto, porque tuvo oportunidad de repetir el golpe y no lo hizo. Su actitud fue vacilante y torpe. Cuando volvió a alzar el cuchillo, ya Scott había abierto los ojos del todo y tenía la espalda apoyada en la pared, mientras sacaba el revólver y trataba de defenderse con los pies.

No vio apenas nada.

El sueño que aún pesaba sobre sus párpados y la oscuridad de la cuadra hicieron que sólo distinguiera confusamente una silueta que se movía. Fue a hacer fuego, pero en ese momento la silueta pasó entre las patas de los caballos y saltó al exterior.

Scott comprendió que ya no lograría hacer blanco y que lo único que conseguiría sería asustar a Flanagan y a Ethel. De modo que, en lugar de apretar el gatillo, saltó él también hacia la puerta.

Ya no vio a nadie.

El lugar apartado en que se encontraba la casucha de Flanagan, permanecía en silencio.

El joven se pasó la mano por la mandíbula, como si hubiera tenido un mal sueño, y volvió al interior de la cuadra. Pero ya no pudo cerrar los ojos otra vez

El hecho de que hubieran intentado asesinarle indicaba que sabía demasiadas cosas.

Que había descubierto algo muy importante, algo que podía cambiarlo todo.

De manera que decidió seguir la pista. Y artes del amanecer ya había ensillado el caballo y se había largado de allí, sin despedirse de nadie.

Volvía a Fort Madison.

CAPÍTULO XIII

Este último viaje fue tan inútil que hubiera hecho mejor ahorrándoselo. Con la ayuda de un farol para ver mejor todos los detalles, entró de nuevo en la galería y la siguió en todo su recorrido, hasta convencerse de que no había nada de interés. Por supuesto, ni un cadáver. Encontró un revólver reglamentario completamente oxidado, lo cual le reafirmó en su idea de que los militares habían pasado por allí, pero eso no aportaba nada nuevo. Al cabo de algunas horas decidió volver a salir y olvidarse de aquella especie de pesadilla,

Porque la verdad era que en la gatería uno tenía una sensación angustiosa y al mismo tiempo espantosamente lógica.

La sensación de haber sido enterrado en vida.

La entrada de la chimenea era como la entrada de una tumba, y en cuanto a la salida que daba a la mitad del farallón, era completamente inaccesible porque caía a pico sobre el abismo.

Al entrar mili, uno se metía en una fosa.

De modo que no fue extraño que, al cabo de unas horas, Scott sintiera vehementes deseos de salir.

Hasta le extrañó haber aguantado tanto.

Con la ayuda del farol, rehízo el camino y llegó hasta la boca que daba a la chimenea. Fue a salir por allí.

Lo hizo maquinalmente, pensando que tenía el paso franco. Pero de pronto su mano izquierda chocó con un muro de ladrillos. Parpadeó.

No entendía aquello. Hasta tuvo la sensación de que se había equivocado, confundiéndose de camino.

Pero no, no se había equivocado. Allí no existía más que una

dirección. Eso significaba entonces que... ¡que la salida había sido tapiada!

El joven sintió que sus facciones se bañaban inmediatamente en un sudor helado.

Golpeó con todas sus fuerzas los ladrillos.

Si éstos habían sido colocados por alguien poco antes... ¡la argamasa tenía que estar fresca! ¡Tenían que ceder!

Pero no cedieron.

Eso significaba que por el otro lado los habían reforzado con maderas o con rocas. Sus puñetazos fueron tan inútiles como si los diese contra una muralla.

Scott sintió la angustia de la muerte clavada en la garganta.

¡Le habían encerrado allí!

¡Estaba sepultado en vida!

Oyó unas carcajadas al otro lado. Sin duda oían sus golpes y se reían de él.

Pero, ¿quiénes eran!

—¡Recuerdos de Cleveland! —gritó una voz que le pareció de ultratumba—. ¡Ya vendrá a tus funerales cuando encuentren tu cadáver dentro de veinte años!

Scott se estremeció.

La cosa estaba clara.

Le habían seguido sin que se diera cuenta, y sabiendo que era un elemento peligroso, lo mataban sin arriesgar nada. ¿Para qué exponerse a un duelo, aun teniendo ellos todas las ventajas? ¿Para qué darle la oportunidad de disparar? Así ya tenían muerto a Scott. No debían molestarse ni en enterrarlo...

El joven volvió a aporrear los ladrillos. Pero en seguida sintió vergüenza y desistió de hacerlo. Tenía que aceptar su muerte con dignidad. No iba a acabar sus días chillando y gimiendo.

De modo que bajó los brazos y apoyó la cabeza en la pared, pensando en lo horrible de su destino.

No iba a tener salida.

Además la situación se estaba haciendo macabra. Allí, en el nacimiento de la galería, faltaba el oxigeno. El joven lo notó al ver que se extinguía la llamita de la lámpara.

Sentía ahogo.

Una espantosa sensación de náusea le acometió al pensar lo que

ocurriría años después, cuando encontraran su cadáver.

Pero él no iba a morir lentamente.

No estaba dispuesto a acabar como un gusano en aquella especie de tumba. Trataría de salir por la boca que daba el farallón, aun sabiendo que iba a despeñarse y a romperse todos los huesos. Pero cualquier cosa era mejor que morir de hambre y de sed en aquella maldita tumba.

Otra vez hizo el camino de regreso. La llamita se reavivó al recibir aire más puro ya cerca de la salida. Puso los pies en ésta y miró hacia abajo.

Imposible tratar de huir.

Los matojos tapaban en aquella zona la boca de la galería, pero más abajo ya empezaba la roca desnuda, sin ningún saliente ni agarradero, hasta llegar a la llanura, cien metros al fondo. O sea que Scott podía salir de allí colgándose de los matojos, pero una vez hecho esto ya no le quedaba más remedio que volver a entrar o terminar dejándose caer, para hacerse papilla contra el sudo de la llanura.

El joven prefirió esto último.

Terminaría haciéndose fosfatina. Muy bien. Era un final más digno que el de arañar las rocas y morir de hambre y de sed.

Fue a salir.

¿Salir?

De pronto comprendió que ni eso podía.

Tuvo un brutal espasmo al oír aquel silbido rabioso encima de su cabeza.

Alzó los ojos y distinguió una visión de pesadilla oscilando sobre él. Distinguió una serpiente de cascabel a la que habían atado por un extremo, de forma que quedaba colgada cabeza abajo. Pero como la sostenían con un palo y una larga cuerda (algo muy parecido a una caña de pescar), el bicho quedaba suspendido en el aire y no podía tocar las rocas por muchos esfuerzos que hiciese. Oscilaba delante de la cueva y silbaba rabiosamente, contorsionándose para cambiar de posición, pero sin conseguirlo.

Claro que si el joven intentaba salir, el ofidio se abrazaría a su cabeza o al menos le mordería en la cara. La altura había sido sabiamente calculada para que ese resultado se produjese.

Y sin duda el palo que sostenía el cable y la serpiente había sido

clavado en tierra, al borde del farallón, de modo que los hombres de Cleveland no necesitaban molestarse en sostenerlo. La serpiente estaría allí hasta que Scott y ella reventasen.

Otra vez las facciones del joven se llenaron de un sudor helado.

Otra vez sintió que todo vacilaba en torno suyo. No era miedo a la muerte, sino miedo a aquella muerte sucia y miserable. O reventar de hambre o de sed, o ser mordido en la cara por una serpiente. O lanzarse al abismo y tropezar con ella, en cuyo caso se irían al infierno los dos juntos.

La serpiente seguía silbando rabiosamente.

Ahora que había visto una posible víctima, se contorsionaba con desesperación. El gigantesco y repulsivo «gusano» buscaba hincar los dientes en la cara de Scott.

Este se preguntó, en un momento de angustia, si debía pegarse un tiro con el revólver. Pero era una cobardía y por eso dejó de pensar en ello.

También intentó apuntar a la cabeza de la serpiente.

Pero para hacerlo bien debía salir de tal modo que se exponía a que ella le mordiese primero. No valía la pena arriesgarse a tanto para volar la cabeza del bicho.

Dejaría que silbase.

Dejaría que reventara como él.

Scott se sentó en el borde mismo de la salida y meditó con amargura sobre la diabólica trampa en que acababa de caer. Los hombres de Cleveland se habían deshecho de él condenándole a la peor de las muertes. No sólo reventaría, sino que además no habría conseguido eliminar ni a uno solo de sus enemigos.

Las horas transcurrieron lentamente.

Scott había perdido la noción del tiempo.

De vez en cuando los silbidos rabiosos de la serpiente le recordaban que la situación seguía igual, y entonces la amargura de Scott se hacía más densa. Cuando las sombras fueron cayendo se dio cuenta de que ya no tenía salvación.

Los hombres de Cleveland ya se habrían ido.

No tenían ninguna necesidad de quedarse allí a esperar. Era como si Scott ya estuviese muerto y enterrado,

La noche cayó de lleno.

Y la serpiente silbaba más rabiosamente cada vez. Sus silbidos

formaban una especie de sinfonía macabra. Hubo un momento en que Scott tuvo la sensación de que llegaría a enloquecer.

Al fin se fue haciendo de día.

El joven sentía ahora un hambre y una sed rabiosas. Sobre todo la sed. Y sabia que el hambre llega un momento en que no se siente; llega un momento en que te deja sumido en una indiferencia mortal. Pero la sed se siente siempre, se siente hasta el final como una llaga que te devora por dentro. Y lo peor era que aquello podía durar ocho o diez días. Tal vez más, tratándose de un hombre fuerte y sano como él.

Intentó llamar la atención de cualquiera que pasase por la llanura prendiendo fuego a los matojos que taponaban la salida. Pero estaban demasiado verdes y el fuego no se propagó. Sólo hubo un poco de humo que se extinguió muy pronto.

La serpiente se había irritado aun más. Se contorsionaba con mayor desesperación todavía.

Scott trató de sonreír irónicamente.

—En el fondo somos compañeros —dijo casi con dulzura—. No sé a qué viene mirarme de esa manera...

El sol ya estaba alto en el horizonte.

La sensación de agonía aumentaba.

¡Y pasaron veinticuatro horas más!

Scott empezó a sentir una debilidad lacerante, una debilidad que parecía surgir del fondo mismo de sus huesos.

La sed le quemaba en el fondo de la boca.

Eso era lo peor.

Le parecía que toda su sangre quemaba pidiéndole agua.

¡Y la serpiente resistía! ¡La serpiente aún seguía contorsionándose y obsequiándole con sus silbidos!

Scott intentaba cerrar los ojos, olvidarse de todo, pero tenía la sensación de que iba a enloquecer.

El sol estaba declinando de nuevo.

Ya no sabía si llevaba allí tres días o una semana entera.

Y al fin le pareció que... ¡que la serpiente silbaba más rabiosamente aún!

¡Algo la estaba irritando!

El joven abrió los ojos y vio entonces una cosa que en el primer momento le pareció inconcebible. ¡La serpiente subía! ¡Alguien

estaba tirando del hilo, como si la «pescase»!

¿Qué significaba aquello?

El joven asomó la cabeza y vio entonces, en las alturas, algo que le hizo dar un vuelco al corazón. ¡Era Flanagan! ¡El viejo sargento estaba arriba, subiendo el cable de la serpiente!

Cuando la tuvo casi a su altura, lanzó un cuchillo con mucha habilidad.

Y el cuerpo del ofidio quedó partido en dos.

Flanagan desenganchó la cabeza y la dejó caer. Aquello pasó muy cerca de los ojos de Scott, como un trofeo repugnante.

Luego Flanagan le hizo señas.

Por la causa que fuera, no podía chillar.

Pero Scott entendió que le lanzaría el cable que antes había sujetado a la serpiente, y que éste era lo bastante sólido para que el joven tratara de izarse por él. En efecto, poco \ después lo fue bajando poco a poco.

Scott se sujetó.

Pero le fallaron las fuerzas y estuvo a punto de desplomarse al abismo.

Tuvo que concentrar sus energías en aquellos dramáticos! momentos, porque sabía que, de lo contrario, todo estaba! perdido. Apoyando los pies en la roca, fue izándose lentamente, sintiendo que las manos se le desollaban. En las dos últimas yardas, Flanagan tuvo que ayudarle, porque de lo contrario el joven nunca hubiese alcanzado la cima.

Scott quedó desfallecido, tendido al borde del abismo. I

—Agua... —farfulló—. Por favor, un poco de agua...

—Cuidado, no hables alto...

—¿Qué pasa?

—Hay dos hombres de Cleveland vigilando la salida de la chimenea. No se han dado cuenta de que estoy aquí.

Y le puso en los labios una cantimplora. Scott bebió poco a poco, dominando sus ansias, porque sabía que hubiera sido peligroso ingerir el líquido de prisa. Al cabo de unos instantes se sintió mejor. Era como si toda su sangre se hubiera renovado y purificado con sólo aquellos sorbos de agua.

Pudo balbucir:

—¿Cómo estás aquí?

—Me extrañaba tu ausencia y por eso he venido. Claro que no imaginaba que estuvieras en Fort Madison. Antes he dado vueltas por muchos sitios.

—¿Y Ethel?

—Ethel continúa en mi casa. Tiene la mano muy hinchada. Por cierto, si no llego a conocer muy bien todo esto no te encuentro jamás. ¿Cómo te han metido aquí?

El joven bebió un par de sorbos de agua más y explicó lo sucedido. Mientras tanto, Flanagan no dejaba de mirar a hurtadillas hacia el gran patio central.

—Pues los perros de Cleveland han dejado ahí a dos hombres —susurró—. Quizá tenían miedo de que alguien viniera a auxiliarte. No sé... Pero el caso es que habrá que deshacerse de ellos si queremos salir vivos de aquí.

— Yo ya me daba por muerto, Flanagan.

—Eso significa que los hombres de Cleveland te consideran uno de sus enemigos más peligrosos. Pero ahora tienes una ventaja, y es que te creen muerto. ¿Te sientes lo bastante fuerte para luchar contra esos dos?

—Creo que si, aunque me sentiré mejor en cuanto haya comido algo y bebido un trago de ron. ¿Dónde están?

—Junto a la chimenea.

Los dos hombres fueron a dirigirse hacia allí, pero no hizo falta que se movieran demasiado. Porque en aquel momento los sicarios de Cleveland salían con sus rifles.

Debían haber notado algo extraño y querían averiguar qué pasaba. Al ver allí a Flanagan y a Scott, los dos lanzaron un mismo aullido mientras se echaban las armas a la cara.

No tuvieron tiempo.

Scott era a aquella distancia un tirador infalible.

Movió el «Colt» y envió al aire tres balas, de las cuales dos resultaron mortales. Los hombres de Cleveland se estremecieron, trataron de correr y al fin cayeron de bruces.

Flanagan murmuró:

—No te molestes en enterrarlos, muchacho. Los buitres acabarán con ellos. Y ahora permite que te invite a comer en una cantina que hay no lejos de aquí. Tienen una especialidad estupenda. Muslo de buitre a la brasa...

CAPÍTULO XIV

No es que comieran muslo de buitre a la brasa, desde luego, aunque Scott hubiera sido capaz de tragarse en aquel momento una ensalada de escamas de serpiente. Comieron en lugar de eso algo mucho más digestivo: unas patatas asadas y unas panochas de maíz. Una comida fuerte no la hubiera resistido el torturado estómago de Scott. Pero esos sencillos alimentos, regados con buena cerveza, produjeron el milagro de hacerle sentirse como nuevo.

Mientras fumaban un delgado cigarro, el joven murmuró:

—Ahora deberemos seguir las huellas de esos bandidos. Me he dado cuenta al venir de que están bien marcadas en llanura.

—Sí. No será tan difícil.

Y Flanagan vaciló un momento mientras bebía un nuevo sorbo de ron.

Brillaban unas chispitas de dolor en sus ojos.

Scott lo notó. Lo notó con tanta claridad que tuvo que preguntar:

—¿Qué te pasa, viejo?

—Estoy pensando una cosa, Scott. Hace tiempo que le vengo dando vueltas en el magín, y es sencillamente ésta: ¿Por qué no lo dejas de una vez? ¿Qué te importa a ti Cleveland? Lo que tienes que encontrar son pruebas de la muerte del padre de Yolanda Foster. Es todo lo que ella necesita para poder cobrar el dinero que el Estado le retiene.

—Lo de Cleveland es ya una obsesión para mí, amigo Flanagan. No soy capaz de quedarme a mitad de camino.

—Pero así nunca cobrarás la suma que te ofreció Yolanda.

—En eso tienes razón, amigo. Y la verdad es que el dinero me hace falta.

—Pues olvida lo de ese bandito y dedícate a lo que te importa.

Scott meneó la cabeza lentamente.

—No puedo, amigo. Comprendo que la tuya es una idea sensata, pero no puedo seguirla. Al contrario, lo único que voy a seguir será el rastro de esos bandidos. ;,Me acompañas?

—¿Y qué remedio me queda?

Los dos salieron y montaron a caballo de nuevo (el corcel de Scott había sido encontrado en la llanura), hasta dar con el rastro de los jinetes que ya habían entrevisto antes. Lo siguieron hasta el anochecer, y luego durmieron al raso para seguir al día siguiente.

Se trataba de unos quince jinetes.

Las huellas estaban muy bien marcadas en aquella zona de la llanura por la que no habla transitado nadie más durante muchos meses. Se dirigían sin duda a la población de Convair.

—Allí no hay ni siquiera alguacil —dijo Scott—. Esos tipos saben dónde se meten.

—¿Qué crees que estarán haciendo en Convair?

—De momento sentirse seguros. Tal vez toda la banda se reúna allí para preparar nuevos golpes. Ya sabes que la táctica de Cleveland siempre ha sido la misma: distribuir sus fuerzas y dar golpes simultáneos en varios sitios distintos, para volver locos a los federales y a los *sheriffs.* Hasta ahora no hay duda de que lo ha conseguido. Pero esta vez la cosa va a cambiar —dijo Scott, apretando los dientes.

—Pareces muy convencido de ti mismo.

—Si no lo estuviera, más valdría que me dedicase a otra cosa.

—Pareces haber olvidado que vas a enfrentarte a unos veinte hombres. Y en realidad lo harás tú solo, porque conmigo no has de contar demasiado. A veces ya me tiembla el pulso.

Scott rió silenciosamente.

—Toda la vida he hecho lo mismo, Flanagan —dijo al cabo de unos instantes—. La gente me ha pagado para que me enfrentara a alguien más fuerte que yo. De lo contrario, el trabajo ya lo hacían ellos, ¿comprendes? Por eso no me extraña tanto tener que enfrentarme a veinte pistoleros, aunque —rió de nuevo— confío en que no será con todos a la vez, ¿comprendes?

Flanagan hizo un gesto pesimista.

La llanura seguía siendo solitaria y pelada. No estaban

demasiado lejos de Fort Madison, pero habla momentos en que daba la sensación de que pisaban un paisaje lunar.

Aquélla era una de las zonas del Oeste que llegarían a ser más ricas. Pero ahora era una de las zonas más batidas y tristes, porque dos años antes aún tenía lugar allí la guerra india.

Sólo se oían las pisadas de sus caballos.

Y de pronto, Flanagan exclamó:

—¡Mira!

Señalaba algo que emergía a poca distancia de allí. Parecía una señal de un viejo camino. Pero al acercarse más, vieron que en realidad se trataba de una piedra en la que había sido esculpido un nombre. Sencillamente, aquella piedra era una señal que sustituía a la lápida de una tumba.

—Es extraño. Una tumba aquí... —dijo Flanagan—, Y parece bastante vieja.

Los dos hombres se aproximaron más. Y Scott, que tenía vista de halcón, leyó perfectamente lo que estaba escrito allí.

Flanagan también lo había leído, aunque acercándose más.

Y lanzó un grito de sorpresa.

Porque la inscripción decía:

COL. JOSEPH POSTER
VII Res.
Dead with Heroism

Era... ¡era la tumba, la evidencia que Scott había buscado durante todo aquel tiempo! ¡La tumba del coronel Foster!

CAPÍTULO XV

—El coronel Joseph Foster, del VII regimiento, muerto con heroísmo —dijo lentamente Flanagan, leyendo la inscripción—. ¡Dios santo! Sin duda sus propios soldados le dieron esta sepultura.

Y se quitó respetuosamente el sombrero,

Era conmovedora su humildad.

La humildad del viejo soldado ante el superior a quien ha respetado siempre,

Scott también se quitó el sombrero.

El no sentía lo mismo que Flanagan, pero no quiso desairar a su compañero permaneciendo con la cabeza cubierta

Flanagan musitó al cabo de unos instantes, durante los cuales pareció haber estado rezando:

— Ahora me lo explico todo.

—¿Qué es lo que te explicas, viejo sargento?

—Foster y sus hombres debieron poder salir de la galería empleando cuerdas. De otro modo era absolutamente imposible deslizarse por el farallón. Pero el caso es que debían tener cuerdas y las utilizaron con acierto. Llegaron hasta la llanura, lo que en su caso significaba estar a un paso de la salvación.

—Sigue.

—Pero la llanura debía estar también infestada de indios, y por eso tuvieron que huir. Ya sé lo que vas a decirme: que un coronel tiene que morir abrazando su bandera. Yo también pienso lo mismo, pero en aquellas circunstancias ese gesto no hubiera servido de nada. Sin duda, Foster pensó abrirse camino como fuera con sus veinte hombres y traer refuerzos para reconquistar el fuerte. No hay duda de que tuvo que luchar para llegar hasta aquí, y que el abrirse

camino entre los indios no debió ser un juego de niños. Esas palabras que ves así, «con heroísmo», prueban que se portó como un valiente.

Scott guardaba silencio.

Sólo él sabía lo que pensaba, en la soledad casi angustiosa de sus pensamientos.

Flanagan continuó:

—Sus propios hombres debieron enterrarle y luego siguieron, Pero me temo que acabaron todos masacrados por los indios, porque no se ha encontrado rastro de ellos

—¿Y si desertaron? —susurró Scott—, ¿No debieron pensar que ya habían hecho bastante? ¿Por qué no olvidarse riel uniforme y largarse de esta tierra de desolación y de muerte?

Los dientes de Flanagan chirriaron.

A sus ojos asomó una expresión de furia incontenible.

—¡Oye, tú ..! —gritó.

—¿Qué te pasa, nombre, qué te pasa...?

—¡Me pasa esto. ¡En el Séptimo de línea no desertaba nadie! ¡En el Séptimo de línea todos eran valientes! ¡Y como vuelva a insultar a mi regimiento tendrás que entendértelas con el viejo Flanagan!

—No te pongas así —dijo Scott apaciguadoramente—. Comprendo tus sentimientos. Sólo enunciaba una hipótesis.

—¡Pues calla de una vez! Y ahora que has visto la tumba, ya tienes lo que buscabas. Sin duda Yolanda podrá cobrar las pagas atrasadas de su padre. De modo que busca al alguacil de Torwell y que levante acta de todo esto.

—No bastará.

—¿Por qué no ha de bastar?

—Habrá que desenterrar el cadáver para identificarlo.

—¡Pues claro que sí! ¡Que lo hagan cuando quieran! ¡Pero que le rindan honores militares, cuerno!

E hizo girar su caballo.

Scott aún preguntó:

—¿Cómo es posible que su tumba no haya sido descubierta hasta este momento?

—¿Qué cómo es posible? ¡Pues porque por aquí no pasa nadie! Mejor dicho, han pasado los hombres de Cleveland. ¿Pero a ellos qué les importa una tumba? Ni se habrán fijado. Hala, vamos.

— ¿Adónde?

—¿Adonde va a ser? ¡Pues a Torwell! ¿No tienes prisa por avisar al alguacil?

Scott había apretado los labios.

Su mirada estaba perdida en el vacío.

—Más prisa tengo por acabar con Cleveland —dijo.

—¡Estás loco!

—Puede que lo este, amigo, pero lo malo de la locura es que uno no puede quitársela como se quita el sombrero. —¡Tendrás que ir tú solo! ¡Yo no te acompañaré!

Scott le hizo un leve saludo.

—No puedo obligarte a ello, Flanagan.

—¡Maldito seas! ¡Te volarán la cabeza!

Scott se limitó a decir:

—Buen viaje, Flanagan.

Y volvió grupas.

Continuó viaje hacia la ciudad de Convair: es decir, hacia la boca, de la muerte.

CAPÍTULO XVI

La ciudad no merecía ese nombre, aunque estaba creciendo mucho. Por el momento era un abigarrado conjunto de casas en desorden, de calles polvorientas y de cercas para un ganado que los vaqueros traían de tarde en tarde. En Convair —era cierto— no existía ni alguacil, por lo que la única ley era la ley del más fuerte.

Claro que eso también pasaba en muchos otros sitios.

Pero no era extraño que la banda de Cleveland hubiera decidido reunirse en un lugar así. Y era extraño que Scott supiese que sólo tenía una carta a jugar: la de la sorpresa.

Los de Cleveland le consideraban muerto.

Por lo tanto, no iba a ser tan difícil llegar hasta ellos cuando menos lo esperaban, puesto que habrían descuidado la vigilancia. Y esa carta fue la que jugó Scott.

Dejó el caballo a cierta distancia de la población y se dirigió a pie hacia las casas desordenadas con las que empezaba ésta. Muchas de ellas eran locales enormes para almacenar grano, los cuales estaban ahora medio vacíos. Pero eran un excelente escondite para un tirador solitario como Scott.

Se situó en uno de ellos y observó con los ojos bien abiertos y el revólver a punto.

Había bastante animación en la ciudad.

Los pistoleros llenaban los dos únicos *saloons*. Eran tipos cuyo oficio se les notaba en la cara. Por su modo de llevar los revólveres, por su modo de andar, se apreciaba que siempre habían vivido del gatillo.

Y sin embargo…

Scott detuvo sus pensamientos.

Eran unos pensamientos que le hacían daño, y que por el momento decidió olvidar. Observó en cambio que al llegar la noche, la mayor parte de los pistoleros se reunían en uno solo de los *saloons.*

Debía ser el de ambiente más alegre.

Al parecer, nadie les molestaba.

Scott se dirigió hacia allí, pero no entró por la puerta, sino que se dirigió a la parte trasera y trepó hasta una de las ventanas del primer piso. Este era un destartalado local donde se apilaban botellas y donde estaba la oficina del dueño. Constituía un mirador excepcional sobre la planta baja.

Scott miró por encima de la barandilla.

Prácticamente, todos los pistoleros estaban abajo, jugando entre ellos, bebiendo o alternando con las chicas. El joven apretó los labios al darse cuenta de lo importante que era su oportunidad.

Los tenía prácticamente a su merced.

Podía disparar contra ellos, pero en ese caso sólo mataría a ocho o diez antes de ser abatido para siempre. Lo que necesitaba era un golpe de audacia y tratar de hacerlos prisioneros.

Desenfundó el revólver

Y gritó desde arriba:

—¡Quietos!

Todo el mundo alzó la cabeza.

Todos los pistoleros que estaban en la sala le contemplaron como alucinados.

Ni uno de ellos se atrevió a rozar el «Colt».

Scott no apuntaba a nadie y los apuntaba a todos. No cabía duda de que al primero que se moviese le clavaría una bala entre las cejas.

Además, la sorpresa les agarrotaba las manos.

Hubieran esperado el fin del mundo antes que ver a Scott sobre sus cabezas.

El joven gritó:

—¡Las manos de todos sobre las mesas! ¿Entendido? ¡Quiero las manos de todos sobre las mesas!

Los pistoleros fueron obedeciendo de mala gana. Al principio vacilaron, pero cuando uno de ellos hizo caso cíe la amenaza, los demás le imitaron. Pronto los bordes de las mesas aparecieron

tapados por las manos de aquellos granujas.

El joven miró al dueño del tugurio.

—¡Tú,..!

—¿Qué... qué pasa?

—Ve desarmando a todos estos tipos. ¡Y cuidado con las bromas! ¡Si haces un solo gesto que no me guste, para ti será la primera bala!

—¿Qué hago con... con los revólveres?

—¡Los echas detrás de la barra!

—Sí..., sí, señor.

Y el propio dueño del *saloon* empezó a desarmar a los hombres de Cleveland.

El joven lo observaba todo con insólita atención. El sudor llegaba hasta las comisuras de sus labios.

Eran unos momentos tensos, angustiosos.

Sabía que en cualquier instante iba a desatarse la tormenta.

Pero lo que no esperaba era que el rayo estuviera tan cerca suyo, justamente a su espalda.

Desde la derecha de la baranda, uno de los pistoleros de Cleveland, al que no habla localizado antes, le estaba apuntando.

El forajido, antes de disparar, encuadró meticulosamente la cabeza de Scott en el centro de su punto de mira.

CAPÍTULO XVII

Fue una de las damiselas que estaban abajo la que lo advirtió. Fue ella la que gritó impulsivamente, con una nobleza que estuvo a punto de costarle la vida:

—¡Cuidado! ¡A tu derecha!

El sicario disparó mientras Scott se colgaba materialmente de la baranda y se dejaba caer.

La bala le pasó rozando, aunque Scott quedó en una situación absolutamente precaria, comprendió que el próximo plomo le alcanzaría de lleno si no se movía.

Y se dejó llevar por su impulso, cayendo abajo. Era como lanzarse de cabeza contra sus enemigos.

Además, Scott caía en muy mala posición.

Hubiera podido desnucarse al chocar contra el suelo de aquella manera.

Pero con la mano izquierda pudo sujetarse a la lámpara y eso aminoró el choque. Mientras tanto disparó hacia abajó dos veces, con una fabulosa celeridad.

Dos hombres de los que no habían sido desarmados aún, estaban sacando sus armas.

Scott les «convenció» para que no lo hicieran.

Las dos balas les alcanzaron de lleno. Los pistoleros se desplomaron de bruces sobre las mesas.

Pero el joven estaba cayendo también, y además casi en el centro de sus enemigos.

Una sola cosa le favorecía, y era la confusión espantosa que acababa de originarse. Hubo un segundo trágico en que todo el mundo disparó. Un segundo de locura en el que nadie supo quién

era amigo y quién enemigo.

Scott sintió una leve rozadura. Un par de hombres más cayeron lanzando aullidos.

El joven voló materialmente hacia la barra.

Al menos allí podría parapetarse y tendría revólveres de repuesto, sin necesidad de recargarlos.

Patinó sobre la madera mientras dos balas le buscaban ansiosas.

Cayó entre un maremágnum de botellas, de «Colt» cargados y de jarras vacías.

Los pistoleros empezaron a tirotear la barra, aunque eso servía de poco porque no le veían.

Scott tomó un revólver y fue a patinar para salir violentamente por el otro lado.

Estaba en una situación desesperada, y él lo sabía.

Pero lo peor no había llegado aún para él. Lo peor llegaría más tarde…

CAPÍTULO XVIII

Consiguió alcanzar como una pelota la pared que había junto a la puerta, en la que rebotó mientras se contorsionaba, Su velocidad de reflejos era fabulosa. Sus enemigos le veían e inmediatamente dejaban de verle. Era tan rápido como las balas.

Varias de ellas picotearon la pared.

Scott disparó de nuevo, pero no alcanzó a ninguno de sus enemigos.

Era demasiado pedir que girase con aquella rapidez y que encima tuviera puntería.

Los pistoleros de Cleveland se habían arrojado por el suelo, mezclados con los clientes y con las damiselas del local. La confusión era espantosa de nuevo, pero como las damiselas estaban tumbadas de cualquier manera y enseñaban las piernas, había fulanos a los que todo aquel jaleo les parecía estupendo.

Scott dirigió un rápido vistazo a la puerta para ver si podía llegar hasta ella.

Pero era inútil. Iban a acribillarle y no tenía otro remedio que protegerse otra vez tras la barra. Saltó hacia allí y vio entonces que, debajo de los anaqueles de las botellas, había una pequeña trampilla por la que sin duda se pasaban los géneros al almacén. La abrió y vio que por allí podía deslizarse bien el cuerpo de un hombre.

Un segundo después había desaparecido por ella.

Tuvo la sensación de que, al menos por ahora, estaba a salvo. Los pistoleros de Cleveland le buscarían inútilmente durante algunos minutos, y eso le daría a él oportunidad para atacarles desde un sitio distinto.

Bueno, eso pensaba.

Esa era al menos su «caritativa» intención.

Pero había alguien tras el que no pensaba lo mismo. Alguien que le buscaba y que había tenido la suerte de encontrarle de espaldas.

Scott cerró de nuevo la trampilla. En el momento en que se inclinó para hacerlo ni siquiera imaginó que pudiese haber alguien tras él.

Pero cuando recibió aquel mazazo en el cráneo se dio cuenta de que las cosas empezaban a ir por mal camino. Intentó volverse, porque no había perdido el conocimiento del todo.

Pero la culata del revólver volvió a caer sobre su nuca.

Y el joven se desplomó mientras su cabeza se llenaba de nubes grises y mientras en el fondo de sus ojos parecían brillar millones de estrellas...

* * *

Todo lo que sucedió a continuación fue caótico, extraño, casi espantoso. Scott se daba cuenta de cosas sueltas, de una manera confusa e irreal, mientras le parecía oír gritos y disparos, mientras el aire se enrarecía, mientras el edificio parecía ir a hundirse...

Confusamente se daba cuenta de que estaba sin conocimiento y de que él no podrá intervenir en nada de aquello. Pero los hombres de Cleveland seguían buscando, seguían tiroteándolo todo... Los golpes en las paredes retumbaban de tal modo que Scott los sentía como si fueran impactos en su propio cráneo.

Sin embargo, no debían dar con él.

Caso de dar con él, ya le habrían matado. Y sólo de una cosa podía estar seguro: de que aún seguía vivo.

Sus pensamientos eran un torbellino.

Notó confusamente que le arrastraban, y que le dejaban en algún sitio donde el aire estaba muy enrarecido, de tal modo que apenas podía respirar. La sensación de asfixia se fue haciendo angustiosa hasta que eso mismo le ayudó a recuperar el conocimiento.

Abrió un poco los ojos. Parpadeó.

Y se encontró en la más completa oscuridad.

No sabía cuánto tiempo llevaba sin ser dueño de sí mismo.

Pero debía ser bastante, porque los disparos hablan cesado, señal evidente de que los pistoleros de Cleveland se habían largado de allí

sin descubrirle.

Fue a ponerse en pie y no pudo porque estaba en una especie de nicho de madera.

Scott lo palpo.

Recordó que le habían arrastrado. Y su pensamiento, ya algo más ligero, le hizo comprender que con ello hablan intentado ponerle a salvo, impidiendo que los hombres de Cleveland le encontrasen. Pero, ¿dónde diablos estaba?

Pronto lo comprendió.

Debía ser en una gran caja de mercancías, en el almacén, confundido con sacos y botellas, de forma que no llamara la atención de nadie.

Era aquello lo que había originado su angustiosa sensación de asfixia.

Reunió sus fuerzas, alzó la tapa e inhaló aire con ansia. Salir de allí le costó mucho trabajo, porque había numerosos fardos encima de la caja en que lo metieron. Incluso era posible que un hombre menos fuerte que él no hubiese podido salir de allí.

El almacén estaba oscuro, y además en un terrible desorden. Scott avanzó a tientas.

Encontró una puerta y vio que daba a unas escaleras exteriores del edificio.

Se descolgó por ellas.

Todo seguía siendo silencio en torno suyo.

El local estaba cerrado después del tiroteo. Los hombres de Cleveland debían haberse ido. En cuanto al tipo que golpeo por detrás la cabeza del joven, no quedaba de él ni rastro.

Scott estaba preocupado. Recuperó su revólver.

Una profunda arruga vertical partía en dos su frente.

Y no era que estuviese preocupado por él. No, no era sólo por eso. Estaba también preocupado por otras muchas cosas.

Especialmente porque lo que pensaba le producía vértigo.

—Hubiera sido mejor no pensar... Mejor olvidarlo todo...

Pero no podía.

* * *

Siguió a pie las huellas de los hombres de Cleveland porque así, a

pesar de ser de noche, podía distinguirlas. A caballo le hubiera sido casi Imposible verlas. Y al cabo de un par de horas llegó a la conclusión de que aquellos buitres se habían refugiado en el caserío de Wandell, que era una serie de edificios destartalados y abandonados donde antaño hubo una parada de diligencias.

Allí creerían hallarse seguros.

Quizá pensaban que él, Scott, estaba ya muerto.

El joven descansó unos minutos para no perder todas sus energías, y luego siguió calmosamente hacia el caserío de Wandell. Seguro que los hombres de Cleveland no pensaban largarse de allí en toda la noche, de modo que no había prisa.

En efecto, distinguió unas lucecitas a lo lejos.

Estaba en el buen camino.

Debían encontrarse allí.

Scott miró su revólver y comprobó la carga. Luego avanzó entre las sombras hacia el conjunto de casuchas, algunas de las cuales parecían extraños panteones perdidos en la llanura.

Llegó hasta uno de los edificios.

Se pegó a un lado de la ventaría y miró hacia el interior sin que notaran su presencia.

Varios hombres jugaban a los naipes en el interior, a la luz de un quinqué. Había platos y vasos junto a ellos, lo cual indicaba que poco antes terminaron de comer.

Scott entrecerró los ojos.

Otra vez aquellos malditos pensamientos... ¡Otra vez lo idea en la que no quería creer!

Tras contar los hombres que había allí, saltó en silencio a la casa contigua. La escena era similar. Cuatro individuos más jugaban a los naipes, y si no se habían agrupado con los otros debía haber sido porque, al estar separados, se exponían menos a una sorpresa.

El joven apretó los labios.

Sus pensamientos ya eran insoportables. No podía resistir más aquella tensión, ahora que tenía la evidencia de lo que había estado imaginando y temiendo a la vez.

Extrajo el «Colt».

Eran ocho hombres.

No podría matarlos a todos porque le faltarían balas.

Tampoco quería acabar con ellos, ésa era la verdad. Prefería

hacer prisionero a un grupo y después a otro.

De modo que se dispuso a empujar con el pie una de las puertas e irrumpir de golpe en la habitación, amenazando a todos los que estaban allí e imponiendo silencio.

Pero fue en ese momento cuando un «Colt» se clavó en su espalda.

Fue en ese momento cuando una voz que conocía muy bien bisbiseó:

—No lo hagas, muchacho… Tendré que clavarte una bala si das un paso más…

CAPÍTULO XIX

Scott se estremeció, pero no soltó el «Colt». Algo pareció quemarle en la garganta, dolerle hasta el fondo de los huesos.

¡Claro que conocía aquella voz!

Conocía perfectamente bien la voz del viejo Flanagan...

Con un soplo de voz. Scott preguntó:

—Tú «fabricaste» la tumba del coronel, ¿verdad? Tú fingiste que estaba enterrado allí para que no le buscase más.

Flanagan contestó con un gemido:

—Sí. Tuve que hacerlo.

—En aquella tumba no había nada...

—Nada.

—Tú me diste un golpe en el *saloon* para que no matara a tus viejos compañeros... y para que ellos no me mataran a mí.

Otra vez se oyó aquella especie de gemido.

—¡Si, Scott! ¡Lo hice! ¡Tuve que hacerlo! ¡Y no me preguntes más!

—Has entorpecido mis actos todo lo posible, Flanagan. Tú no has querido nunca que llegara al fondo de este asunto...

—Sí, Scott. Lo hice porque no tenía otro remedio... Los indios vigilaban Fort Madison porque para ellos era un lugar sagrado, donde habían muerto muchos de los suyos. Yo no tuve la menor intervención en los ataques que sufriste al llegar por primera vez allí, pero es cierto que en otras ocasiones he tratado de cerrarte el camino..., ¡porque no quería que supieras que el viejo regimiento había sido deshonrado! ¡Porque no quería que pudieras denunciar a esos buitres! ¡Al coronel Foster y a los que se sientan ahí! ¡A los que huyeron por el túnel y luego se descolgaron por medio de unas

cuerdas para convenirse en unos forajidos! ¡Para formar una banda con el falso nombre de Cleveland! ¡Porque no quería que se supiese todo eso! ¡Que la vieja bandera del regimiento había sido ensuciada!

Había alzado demasiado la voz al hablar así. No se dio cuenta de que podían oírle desde dentro. Y, en efecto, le oyeron. La puerta se abrió bruscamente frente a ellos.

Los cuatro hombres que estaban en el interior aparecieron con los «Colt» a punto, Y el primero de ellos era..., ¡era nada menos que el coronel Foster!

Flanagan lanzó una especie de gemido. Estaba deshecho, estaba convertido en un pobre guiñapo para el que la vida no tenía ya sentido. No fue capaz de disparar ni de acordarse de que tenía un revólver en la diestra.

En cambio, Scott sí que se acordó. Era su vida o la de aquellos buitres. Disparó rabiosamente mientras se dejaba caer de costado, exponiéndose a una bala por parte de Flanagan.

Pero el ex sargento no disparó. No tenía fuerzas para eso. En cambio, recibió dos balas en el estómago, dos balas que estaban destinadas a Scott antes de que éste se apartara con tan fulminante rapidez.

Pero Scott también había disparado con la rapidez del rayo.

Los cuatro hombres que estaban frente a él cayeron casi a un tiempo. El coronel Foster sólo recibió una rozadura porque fue el único que supo ladearse a tiempo. De modo que Cleveland también cayó, pero Scott ya no pudo ocuparse de él.

El otro edificio se había abierto.

Cuatro hombres más venían hacia allí.

Scott tuvo que emplear su propio revólver y el del caído Flanagan.

De lo contrario, le habrían faltado balas. Disparó rabiosamente, con una rapidez meteórica que tal vez venia de su propia desesperación. Los cuatro hombres que llegaron hasta allí no tuvieron tiempo ni para darse cuenta de lo que estaba pasando.

Recibían una lluvia de plomo.

No sabían cómo podía dispararse con aquella rapidez.

Los hombres que ya habían tratado de matarle en Fort Madison, los que le habían enviado, además, como obsequio, una serpiente de cascabel, estaban recibiendo uno tras otro las salvajes mordeduras

de las balas. Sólo un par de ellos dispararon, pero al aire. Y un segundo después habían caído retorciéndose, formando un confuso montón de muertos.

Scott se volvió inmediatamente.

No podía preocuparse más de ellos,

El coronel Foster, es decir, Cleveland, aún estaba vivo.

Como en un relámpago, Scott se dio cuenta de que en aquel instante se jugaba la piel. Porque el coronel,, con las facciones desencajadas, acababa de recobrar su «Colt». Iba a disparar cuando Scott hizo fuego.

La bala mordió la derecha de Foster.

El «Colt» saltó por los aires y se retorció como si fuera un reptil, al saltar parle de la culata mordida por la bala.

Foster estaba aterrorizado. Jadeó con voz espesa:

—No..., no dispares más.

Scott no disparó.

Pero clavó sus ojos desolados, unos ojos donde flotaba una nube de tristeza, en el cuerpo de Flanagan.

Le bastó mirarlo unos instantes para comprender que estaba muerto. Las dos balas habían sido implacables. El viejo sargento tenía las manos crispadas sobre las medallas que ganó defendiendo el honor del Séptimo de línea.

Scott masculló:

—Era el mejor soldado que tenías, Foster. El que más creía en ti y el que más ha tratado de ser fiel a su viejo regimiento. El que ha tratado de evitar la vergüenza para tu nombre y para vuestra bandera. Por eso vas a rendirle un homenaje, maldito seas. Por eso vas a enterrarle con tus propías manos. No todo el mundo tiene el honor de ser enterrado por un coronel...

En los ojos de Foster relució un brillo de esperanza. Comprendió que aquel hombre no iba a matarle fríamente. Tendría por tanto una oportunidad para salvar su vida.

—Haré lo que me mandes... —farfulló—. Claro que abriré la tumba... ¿Dónde quieres que sea enterrado este hombre?

—Junto a la puerta, para que puedas tener luz mientras manejas la pala.

—De acuerdo... Una honrada tumba para un hombre honrado. Eso será lo que haga... Pero, ¿dónde hay una pala?

Sin duda trataba de ganar tiempo.

Scott señaló con el mentón hacia el interior de la choza.

— Ahí tienes viejas herramientas, aunque estén oxidadas. Emplea cualquiera de ellas. ¡Vamos, aprisa! ¡Mi dedo ya empieza a sentir impaciencia!

Foster extrajo una de las palas que se pudrían junto a la pared y se puso a trabajar. Por fortuna la tierra era blanda; aun así, pronto sudó copiosamente. Scott no dejó de apuntarle ni un momento, pensando mientras tanto con dolor en lo que tendría que decirle a Yolanda, la hija de aquel hombre.

¿Que su padre fue un granuja?

¿Qué deshonró su bandera?

¿O tal vez decirle que había muerto con honor?

Pero, ¿cómo conseguir eso, si tendría que entregarlo para que le juzgasen?

Todos estos pensamientos le desbordaban, le producían un insufrible dolor.

La voz del coronel le pareció llegar desde muy lejos:

—¿Puedo retirar este muerto? Me estorba para trabajar.

—Sí, claro.

Era el de uno de los forajidos. Pero lo que Scott no pudo ver fue que debajo del mismo había un revólver. Foster lo tapó con el pie y lo arrojó disimuladamente al fondo ele la fosa que estaba abriendo.

La relativa oscuridad le ayudó.

Luego respiró hondamente y siguió trabajando. Pero ahora al menos ya estaba armado, puesto que tenía el revólver en la fosa. En cuanto Scott dejara de mirarle, se inclinaría lo recogería y dispararla con él.

Por otra parte, la cosa no iba a resultar tan difícil.

Scott se estaba confiando.

Atormentado por sus pensamientos, no imaginaba que el coronel se disponía a intentar su última jugada.

La fosa cada vez iba siendo más profunda.

Ahora Foster ya trabajaba dentro, o sea que Scott apenas podía ver sus manos.

Cleveland contuvo por un momento la respiración.

¡Ahora Scott estaba distraído! ¡Ahora o nunca!

Pero en este momento vieron la silueta recortarse a la luz de la

luna. En ese momento Yolanda, con unas ropas masculinas que sin embargo ceñían sus esculturales formas, apareció tras ellos para decir:

—Magnífico… Ya me habían dicho que Scott era un detective que no se equivocaba nunca…

* * *

Scott volvió a medias un momento la cabera. Su asombro fue tan sincero y tan notable que apenas pudo balbucir:

—Yolanda…

Exila guardó silencio.

Tenía algo bajo los brazos. La luz incierta no permitía distinguirlo bien, pero Scott se dio cuenta de ello cuando ya era demasiado tarde. Se trataba de una escopeta de cañones aserrados y cargada con postas. Un arma terrible a aquella distancia, un arma peor que una pieza de artillería.

Yolanda susurró:

—Más vale que sueltes tu petardo, amigo. Quizá consigas disparar, pero no podrás evitar que yo lo haga también. Y a esta distancia, aun sin apuntar, te convertiré en pedazos…

Scott supo que ella tenía razón. Hubiera sido suicida oponerse.

Soltó poco a poco el revólver.

Además no entendía nada. Su propio asombro le dejaba sin fuerzas.

—Siento haber encontrado a tu padre en estas condiciones —murmuró— Ahora te habrás dado cuenta de que él es… es…

Yolanda lanzó una carcajada.

Una carcajada burlona, metálica, cruel, que rasgó las sombras de la noche.

—¿Mi padre? —murmuró— ¡Mi amiguito, querrás decir! ¿Quién infiernos habla ahora de mi padre? Mi apellido no es Foster, ya va siendo hora de que lo sepas. Te engañé porque me interesaba saber el paradero de este hombre, y tú podías averiguarlo. Me bastaría seguirte para saberlo yo también. Porque quizá te convenga enterarte de que yo fui la primera chica a la que ese cerdo engañó. Y luego me abandonó y me sustituyó por otra… ¡Pero con Yolanda no se juega, y se lo demostraré! ¡Quiero su dinero! ¡Todo lo que ha

robado durante estos dos últimos años! ¡Quiero su dinero y voy a conseguirlo!

Scott cerró un momento los ojos porque se sentía incapaz de mirar por más tiempo aquella cara.

Aquella cara hermosa pero donde había ahora una expresión demoníaca, una expresión ambiciosa, sedienta de dinero y sedienta también de muerte…

Su asombro seguía dejándole sin fuerzas.

Yolanda barbotó:

— ¡Apártate! ¡Quiero acabar primero con él! ¡Para eso he esperado dos años! ¡Quiero ver como ese perro queda hundido en su propia fosa!

Scott se apartó maquinalmente.

Quizá no pensó nada en este momento. Sólo hizo lo que la mortífera escopeta le obligaba a hacer. Yolanda y Foster quedaron frente a frente.

Pero las cosas también hablan cambiado con el ex coronel.

También en la cara de Foster había una expresión demoníaca. También la muerte bridaba en sus ojos… ¡Y había logrado apoderarse del revólver que dejó en la fosa!

Sonó un doble rugido, un doble grito de odio y de muerte.

Scott se dejó caer al suelo, adivinando el peligro.

Las detonaciones sonaron casi juntas. Una seca y corta. La otra parecida a un cañonazo.

Y mientras Yolanda caía, herida de muerte en el pecho, los pedazos del coronel saltaban, su cara se deshacía, el aire parecía teñirse rojo de sangre…

Para Scott fue como una pesadilla.

Una pesadilla que duró no supo cuánto tiempo. Quizá un segundo quizá cinco minutos, quizá toda la eternidad.

El tiempo parecía haberse detenido. El aire parecía haber se solidificado.

Cuando Scott volvió al fin a la realidad, tomó la pala, apartó los restos de Foster y siguió él solo su lúgubre trabajo. Enterraría a Flanagan con un coronel y una mujer bonita. No era tan malo, después de todo.

Y pensó que quizá el viejo sargento sonreiría desde el otro mundo.

Porque el honor del regimiento estaba a salvo.

Porque la falsa tumba del coronel estaba en el camino. Nadie la buscaría ya.

Sobre la fosa, después de cubrirla, Scott puso una cruz hecha con sus manos en la que grabó:

Sargento Flanagan.
Muerto con honor
entre sus compañeros
del Vil de línea.

Luego Scott saludó y se alejó poco a poco.

Tenía aún bastantes cosas que hacer.

Por ejemplo, hablar con el *sheriff* unos días después, cuando los buitres hubieran devorado los restos de los forajidos y nadie pudiera reconocerlos ni, por consiguiente, recordarlos.

Por ejemplo, buscar con él los sitios en que Cleveland pudo ocultar su dinero.

Y por ejemplo, volver de momento junto a Ethel Martin, que le estaría esperando.

Una chica bonita y que además tenía la ventaja de que no resultaba peligrosa aunque se enfadase un poco.

Porque tenía una mano medio rota…

F I N